BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS "AGENTES"

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS "AGENTES"

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDÉREO

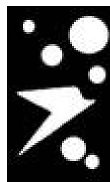
LOS «AGENTES»

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 131

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 54.817–1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición: febrero, 1973

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —Asesino Cósmico, *Curtis Garland*.
2. — Rebeldes en Dangha, *A. Thorkent*.
3. —S.O.S. en el cosmos, *J. Chandley*.
4. —El monstruo grito en silencio, *Curtis Garland.*
5. —Intriga en la galaxia, *Glenn Parrish.*

CAPÍTULO PRIMERO

Era viernes **(1)**. Se podía respirar aire puro. Los doctores del Biológico soltaban el «gas de la vida». No era menester proveerse de las mochilas que suministraban el oxígeno.

Los viernes, cuando sonaba la sirena, cuyo receptor se hallaba en cada casa, era permisible abrir los ventanucos para que en cada *habitat* se introdujera el aire de fabricación nacional, que era el mismo de las mochilas, pero sin necesidad de utilizar los engorrosos tubos para aspirarlo. Con los ventanucos abiertos y el habitáculo artificial del satélite Adverger I, cerrado por completo con su bóveda transparente, se podía circular como en cualquier planeta donde el oxígeno emanara de forma natural. No había diferencia. Pero sólo los viernes.

Ramsahil abrió el ventanuco, y aspiró a pleno pulmón.

—Deberían inventar algo para que Adverger I tuviera siempre oxígeno libre —murmuró.

—Siempre estás pidiendo cosas nuevas —repuso el compañero de *habitat* de Ramsahil.

—Pido lo que es justo, Sham. Vinimos a este maldito satélite como investigadores... Pero ¿cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Qué hemos averiguado? ¡Nada! Que sin una maldita mochila con «aire acondicionado» no es posible respirar, y que necesitamos seguir respirando...

—Sí. Puede ser un fastidio, pero pidieron voluntarios. Todos sabíamos a lo que nos exponíamos al aceptar la plaza. Se nos advirtió.

—Lo malo de ti, Sham, es que no encuentras defectos a nada. Para ti todo lo que está ordenado es correcto.

—¿Qué sacas con protestar? ¿Quién va a hacerte caso? Estamos atrapados aquí.

—¿Por qué? ¿Qué dicen de Orion II? Hace no sé cuánto tiempo que no se sabe una palabra del planeta. Dicen que todo va bien, pero es falso. Yo no me creo nada.

—¡Oh, no discutamos! Así se gasta demasiado oxígeno —repuso Sham.

¿Y qué? ¿Es que no es libre? Hoy es el período libre. Podemos gastar el que queramos…

—¡Ramsahil, Ramsahil…! Ya está bien de peleamos por tonterías. De aquí no saldremos. Esto lo sabemos tan bien tú como yo.

—Pues yo quiero salir. Quiero largarme de esta condenada cárcel. Esto es una cárcel, un presidio… allí donde se lleva a los condenados. A los que violan las leyes, a los que protestan de las ordenanzas, a los que no están de acuerdo con el mando… ¡Y en Orion II yo jamás discutí una orden! Era inspector de primera clase, con menciones honoríficas y otros atributos beneméritos… ¡Y me hice voluntario!

—¿Y qué hice yo, Ramsahil? Estamos iguales. Nos han atrapado aquí. Cumplimos un servicio rutinario. No tenemos esperanzas… Pero ¿qué podemos hacer? ¿Sirve de algo quejarse? Sigamos igual… De nada nos servirá la desesperación. Recuerda a los que trataron de fugarse… No hay oxígeno suficiente.

—¡Es una maldita trampa!

—Para que una persona sola pudiera regresar al planeta, haría falta el oxígeno de diez de nosotros en siete períodos… Las fábricas trabajan a pleno rendimiento. Todo está demasiado calculado… ¿Tú te sacrificarías por otro? Está contado. ¡Diez personas tendrían que sacrificarse para que una sola pudiera volver… ! Discutir esto es absurdo. Aquí, mal que bien, vivimos…

—Sin esperanza. Tú lo has dicho —repuso Ramsahil, alejándose del ventanuco como si hasta el aire fresco y libre le asqueara.

—Tal vez, Ramsahil. Los sabios investigan. Trabajan todo el tiempo… Tal vez lleguen a dar con la fórmula para producir el doble…

—¿Por qué no nos mandan auxilios del planeta, Sham? ¿Por qué no lo hacen?

Sham no contestó, aunque sabía lo que su compañero iba a añadir a su queja.

—Al principio —siguió Ramsahil—. Cuando se trataba de demostrar a todo el planeta cuál era la región más poderosa, se abocó todo el dinero en los descubrimientos espaciales. Se trataba de

deslumbrar a los más débiles, pero cuando una de las potencias comprendió que la conquista del espacio era un gasto inútil, en tanto no se consiguiesen medios más idóneos para su exploración, la otra potencia…, la nuestra, «cerró el grifo». Se acabaron los millones que el Senado votaba únicamente por el orgullo maldito de mantener la supremacía. ¡Y ya no se acuerdan de nosotros! Rescatarnos sería tanto como votar otra cantidad inconmensurable, cosa a la que ya no se atreven… Tal vez nos creen muertos… No les interesa averiguarlo. Este fue un experimento fallido.

—En Orión se contaban los períodos de tiempo por decenios… Y la gente envejecía… —repuso Sham—. Aquí es distinto. El tiempo no cuenta… Los que nos mandaron aquí ya no existen… ¿Sabes, acaso, los períodos que han pasado?

—He perdido la cuenta.

Exacto. Somos muertos. Tú lo has dicho. Somos los muertos del espacio. Los muertos de un habitáculo sin vida propia, muerto también… Lo importante es aclimatarse a nuestra forma de vivir… Y hacerlo lo mejor que podamos. Las quejas, desgraciadamente, Ramsahil, no sirven ni solucionan nada.

Sonó la sirena impensadamente, y una voz anunció en cada domicilio:

—Por causas imprevistas, se impone la restricción de aire libre… Utilicen sus mochilas diarias. Se va a cerrar el suministro. Cierren los ventanucos y utilicen las mochilas. Es urgente…—Y la voz ya no volvió a repetir el aviso.

—¡Qué te parece! —exclamó Ramsahil.

—No nos queda más remedio que obedecer —repuso Sham, y fue en busca de su mochila **(2)**.

Cuando Ramsahil se hubo aplicado su mochila, la voz del receptor anunció:

—Emergencia en la pista quinta… Todo el personal libre de servicio debe acudir a la pista quinta. Emergencia. Emergencia.

Entre el personal libre de servicio figuraban Ramsahil y Sham. Y el primero masculló:

—Sólo faltaba esto. El artefacto en la espalda, y a trabajar hasta en los días libres.

—Deja de gruñir, Ramsahil —sonrió su amigo—. Y vámonos. Es una emergencia.

—¡Me gustaría saber por qué diablos trabajamos!

—En Adverger I, trabajamos para el oxígeno. Ya sabes las órdenes... Quien no trabaja puede ser condenado a la pérdida de ese aire «postizo», del que tanto despotricas...

—¡Es la cárcel! —gruñó Ramsahil—. Lo he dicho. Es la cárcel...

Y por el altavoz se repetía la orden:

—¡Emergencia en la pista quinta! ¡Que todo el personal franco de servicio acuda a la pista quinta! Emergencia. Emergencia...

¿Qué diablos ocurría en la pista quinta?

CAPÍTULO II

El bólido de reconocimiento había regresado. No había piloto alguno en el interior porque el aparato era teledirigido desde los laboratorios centrales del satélite.

Sólo en un caso realmente de emergencia se podía utilizar un piloto, con el correspondiente consumo de oxígeno, pero mientras tal caso no se produjera, los vuelos serían automáticos, con los aparatos precisos para detectar cualquier anomalía espacial.

Y el bólido había regresado.

Era uno de tantos que rutinariamente se mandaban a pilotar por el espacio, recogiendo datos de un interés dudoso, al decir de Ramsahil, por ejemplo.

—Pero, ¿qué pasa? —comentó Ramsahil que, junto con su compañero de *habitat*, se hallaba al lado de otros tres colegas, en la base.

Hasta un número de doce se hallaban reunidos a prudente distancia del bólido.

Los demás se encogieron de hombros. Uno sólo respondió:

—Hemos recibido la orden de no acercarnos... Deben haber detectado algo especial.

La escafandra obligatoria y necesaria para respirar el oxígeno que llegaba a través de los tubos, procedente de la mochila, no impedía el hablar normal, gracias a los diminutos micros que «sacaban» la voz al exterior, y era recogida por otro micro, que la transmitía a los «transmisores» igualmente diminutos, acoplados en las escafandras.

Un velomóvil llegó a la base. En su interior viajaban los seis hombres que podía transportar cada uno de aquellos artefactos que se deslizaban por la llana superficie del satélite, elevándose a unos diez centímetros del suelo. Era la única forma de viajar rápido, y desplazarse sin tener que utilizar las piernas.

Entre los ocupantes del vehículo figuraban el profesor Sabat, el doctor Steimer y el supremo.

El supremo asumía las funciones de jefe de la milicia ejecutiva en cada misión. La calidad de supremo hubiera equivalido, millones de años antes, a la jerarquía de un comandante en jefe de una determinada misión.

Los otros tres ocupantes eran simples agentes del orden, de la dotación de los laboratorios centrales.

—¡Ahí está! —dijo el supremo, señalando el bólido.

El profesor Sabat llevaba en sus manos un detector V-V, y con él se aproximó al bólido.

—Cuidado —le advirtió Steimer—. Puede ser peligroso.

—Que dé las órdenes —repuso, a su vez, Sabat.

El supremo habló con uno de los agentes y, mientras el profesor aguardaba, las órdenes fueron transmitidas. Luego, por el altavoz, se ordenó:

Todo el personal libre de servicio que se enfunde los trajes «Anticontaminación».

No se dieron más explicaciones. Era la consigna dictatorial del satélite. Todos estaban ya acostumbrados, pero Ramsahil no transigía con la dictadura..

—¡Tenemos derecho a saber de qué se trata!

El supremo le dirigió una mirada fulminante.

—¡No es con miradas ni con amenazas con lo que se gana la confianza de la gente! Si hay peligro, tenemos que saberlo.

El supremo se aproximó a Ramsahil y espetó:

—Creo que está hablando demasiado. Se le ha dado una orden. ¡Cúmplala!

—Estoy harto de tanta orden sin sentido... Usted no es más que yo. Aquí todos estamos en la misma nave...

—¡Ya está bien! —gritó la autoridad—. Deme su número.

—No me da la gana. Apuesto a que nunca le han contestado

así. ¿Verdad? ¡Bien! No quiero más amenazas. Voy a quitarme la escafandra. Moriré por asfixia. Este tiene que ser el final de todos. Ojalá los demás me imitaran… ¿A quién iba a dar órdenes, desgraciado? ¿Acaso cree que merece la pena vivir en este maldito agujero inmundo… pocilga del espacio?

El supremo iba a echar mano a su revólver electrónico.

El profesor Sabat se había aproximado, y detuvo la mano de la autoridad.

—No. Déjelo… Todos tienen derecho a una explicación.

—No es momento de hacer concesiones, profesor. Hay que mantener el principio de autoridad —repuso el supremo.

—Él tiene razón. Todos estamos embarcados en la misma nave… Y debemos estar unidos porque nos necesitamos. Más que nunca.

Al supremo le hubiese gustado fulminar al insurrecto. Ante todo, lo más importante para la autoridad era poder ordenar sin temor a ser discutido, ni siquiera amenazado porque, de acuerdo con la ley, una simple controversia daba carta blanca al agente para hacer uso de la fuerza.

Sabat se dirigió a todos en general, pues ya se habían apresurado a ponerse los trajes «Anticontaminación».

—Amigos, todos… El bólido que tenemos ante nosotros hizo uno de los viajes rutinarios… Aunque a muchos tales viajes les parezcan una inutilidad… para nosotros poseen un alto valor científico. En cada recorrido es posible estudiar cosas nuevas… En estos momentos, el bólido recién llegado trae entre sus muestras una sustancia distinta… que escapa a todo control. Nuestros detectores indican peligro de contaminación… Peligro erradicado mientras la sustancia permanezca en la caja «especial» del bólido… Pero tenemos que abrir esa caja para tener en nuestras manos la sustancia en cuestión, y analizarla… Debo decirles que, aparte del peligro, existe igualmente la oportunidad de descubrir una nueva forma de vida… Tal vez el sistema que nos permita subsistir sin el oxígeno, pero hay que averiguarlo…

Sham intervino para preguntar:

—Profesor… ¿Existe realmente otro sistema?

—Está demostrado que sí.

—¿Y si… la sustancia recogida por el bólido no es esa nueva forma?

Sabat asintió:

—Sí. De acuerdo. Nada se puede garantizar… Y existe peligro.

—¿Hasta qué punto existe el peligro? —intervino Ramsahil.

Sabat, antes de contestar, pareció meditar sus palabras:

—No lo sé.

—¿Mortal? —siguió Ramsahil.

—Podría ser.

—Bueno, profesor —intervino el supremo—. Deje de contestar preguntas. Hay una misión que cumplir.

—Espere, amigo mío… Ellos tienen razón. Vamos a oscuras… Sabemos que existe peligro, pero ignoramos hasta qué grado.

—¿No es arriesgado abrir la caja, sin conocer de antemano las consecuencias? —inquirió Ramsahil.

—Sí. Es arriesgado… Pero el riesgo existiría, aun sin abrirla… Los detectores anuncian una próxima explosión. ..

—Debe tratarse de una sustancia muy poderosa —adujo Sham.

El profesor hizo una seña al doctor.

—Él les explicará —añadió.

El doctor Steimer tomó la palabra:

—Lo más dañino que se conoce es el llamado «Filamento de Orión I». El planeta que se supone antecesor del nuestro, con vida distinta… El Filamento de Orión se reproduce en un tiempo inverosímil, y se multiplica cuando se le poda. Es indestructible y venenoso… Puede atravesar nuestras telas… Sin embargo, disponemos de una vacuna, que puede inmunizamos, si llega el caso…

—¿Por qué no somos inmunizados? —inquirió otro de los francos de servicio.

—Eso no es necesario ahora… La vacuna tiene efectos retroactivos… Habrá tiempo, si es que esa sustancia es Filamento de Orion.

Ya no había más explicaciones. Ramsahil acudió a ponerse el traje especial, mientras el supremo miraba a todos los reunidos como si les reprochara su interés en conocer los detalles, menospreciando su absoluta autoridad.

Luego, el profesor, siempre llevando la delantera, se encaminó hacia el bólido.

El momento cumbre había llegado. Si la sustancia era nociva, podía significar la muerte colectiva. A menos que la vacuna de Steimer surtiera efectos...

El doctor siguió a Sabat y, con ellos, el supremo y los tres agentes, todos armados con sus pistolas reglamentarias.

Los detectores de que eran portadores los dos científicos marcaban su punto máximo de oscilación.

CAPÍTULO III

Con los nervios tensos, el personal del satélite esperaba los resultados de la apertura del bólido.

El profesor abrió la portezuela del aparato, accionando un control remoto.

Lentamente, la puerta se abrió.

Los detectores emitieron el silbido de «máxima contaminación».

En principio, los trajes especiales, de que todos eran portadores, les protegían, pero...

El profesor asomó al interior del bólido, y exclamó:

—¡Atrás! ¡Todos atrás!

Ya no pudo decir nada más. Aun a pesar de la protección de la tela, cayó de espaldas.

—¡Cierren el bólido! —exclamó Steimer.

El profesor sostenía el control remoto con su mano derecha. No era posible cerrar, a menos que se manipulase desde el control de la base.

—¡Cierren el bólido! —replicó el supremo, manteniéndose a la expectativa.

El bólido fue cerrado automáticamente desde la base, y entonces el doctor Steimer se inclinó hacia Sabat. Le examinó unos momentos, y declaró:

—Parece muerto.

El personal franco de servicio se aproximó, pero Steimer recomendó:

—¡No! No se acerquen. ¡Una ambulancia de emergencia!

Inmediatamente se dieron las órdenes, y una de las

ambulancias patrulleras llegó por el aire, posándose a escasa distancia del profesor, que, ayudado por la guardia del supremo, fue depositado en su interior.

El doctor acompañó al científico, mientras, por su transmisor, daba instrucciones a la base:

—Acordonen la zona del bólido. Que nadie se acerque al aparato.

No dio más explicaciones del motivo de aquellas medidas de seguridad.

Una guardia especial quedó montada en tomo al bólido, mientras todos los contadores de la base marcaban el peligro de contaminación.

—Pero... ¿qué clase de contaminación? —inquirió el siempre disconforme Ramsahil.

—Me temo, amigo mío —repuso su compañero Sham —que, de momento, vamos a quedarnos sin información.

—¡Siempre lo mismo! No tenemos aire, todo se mantiene en secreto... ¡Maldita sea la hora que me inscribí para formar parte del personal del satélite!

—Ahora ya de nada sirve lamentarse —repuso Sham, que parecía el eterno conformista, en contraste con su amigo, que comenzó a pasear nerviosamente.

Todos estaban retenidos en la base. Era una situación de emergencia. De una emergencia desconocida.

Pasó el tiempo. Un tiempo eterno porque cada segundo —si el tiempo se hubiese medido por segundos— era eterno en el satélite, sobre todo desde que cundió —mucho tiempo antes— la impresión de que ya no sería posible regresar nunca más al planeta.

Y con el tiempo, las emisoras, perfectamente audibles desde cualquier punto de la abovedada zona del satélite, difundieron la lacónica noticia:

—El profesor Sabat ha muerto. Su cuerpo no ha podido reaccionar, ni aun con el sistema de «shock-láser».

—Pero, ¿de qué ha muerto? ¿Qué demonios hay dentro de ese bólido? —exclamó Ramsahil.

El jefe de la base pudo escuchar el comentario de Ramsahil, y se aproximó para aconsejar:

—Tómese una tableta para la depresión. La necesita.

—¡Yo no estoy deprimido!

—No sabe controlar sus nervios, Ramsahil. Y esto es peligroso, en nuestra situación.

—¿Y cuál es nuestra situación, jefe? ¿Es que acaso alguien nos ha dado alguna información concreta?

No quiero discutir con usted, Ramsahil.

—¡Ni yo tampoco!

—¡No grite! Soy su superior.

—Aquí ya no hay superiores, jefe Bondy. Somos todos iguales... Sólo podemos aspirar a morirnos como el profesor Sabat... Morirnos por envenenamiento de sustancias no conocidas, como ha debido ocurrir.

—Tómese esa pastilla y cállese.

—¡No quiero! ¡Ya estoy harto!

Y cuando el jefe de la base, Bondy, iba a sujetar a Ramsahil, éste le apartó de un empujón.

—¡No me toque!

—¡Ramsahil! —exclamó Sham, tratando de apaciguarle.

Pero Ramsahil avanzó hacia el bólido.

—¡Vuelva aquí! —ordenó el jefe de la base.

Sham corrió para detenerle, pero Ramsahil ya había llegado junto a dos de los guardias.

—¡Deténganlo! No le dejen pasar —gritó el jefe.

Uno de los guardias trató de impedir que Ramsahil cruzara, pero no le sirvió porque Ramsahil lanzó su puño contra el rostro del guardia, y se preparó para hacer frente al otro, al que noqueó de un certero golpe en la mandíbula.

—¡Utilicen los rayos! ¡Paren a Ramsahil! ¡Párenlo! —siguió

ordenando, frenético, el jefe.

—¡No, los rayos, no! ¡Vuelve, Ramsahil! —gritó Sham, corriendo hacia los que habían sacado las armas.

Pero Ramsahil estaba ya junto al bólido.

En su ceguera por apartarse de todo cuando le rodeaba, en aquella locura ante la situación desesperada del satélite, Ramsahil ni siquiera pensó que, sin el aparato de control, no podría abrir el bólido, herméticamente cerrado y asegurado desde la base.

Lo golpeó con rabia.

—¡Ábranlo! ¡Ábranlo de una vez!

—¡Los rayos! —exclamó, de nuevo, Sham.

Aun a pesar suyo, los guardas utilizaron sus pistolas.

Tres rayos partieron al mismo tiempo, en busca del cuerpo de Ramsahil.

—¡No! —gritó Sham, volviendo la mirada.

Pero entonces sucedió lo increíble. Allí, junto al aparato, Ramsahil recibió los rayos mortales, irresistibles para cualquiera de los seres concentrados en el satélite; como si su cuerpo fuese de puro granito, y los rayos, simples chorros de agua centelleante, *rebotaron*…

¡Rebotaron!

Era un espectáculo increíble.

Rayos procedentes de una combinación de láser, no perforaban su cuerpo, no lo carbonizaban, de acuerdo con la lógica experimentada. No. Aquellos rayos chocaban contra el cuerpo de Ramsahil, y seguían despedidos contra el suelo, perforando la materia.

Ramsahil también quedó estupefacto ante aquel fenómeno.

¡Él tendría que estar muerto!

Sin embargo, vivía. ¡Vivía!

¿De qué estaba compuesto su cuerpo? ¿Qué extraña materia contenía su organismo, que le hacía inmune a la más temible de las armas inventadas y aún no superadas… ?

Y siguió allí. En pie.

Los guardias cesaron de disparar.

Sham se aproximó, junto con Bondy, el jefe de la base, que tampoco daba crédito a aquello de que había sido testigo.

Entonces, Ramsahil, erguido como un dios, mirando a todos casi con desprecio, sacó de su funda la pistola reglamentaria que todo el personal del satélite llevaba siempre consigo.

Apuntó indistintamente a los que estaban más próximos. Bondy se detuvo, y Sham gritó:

—¿Qué vas a hacer, Ramsahil?

Y Ramsahil sonrió.

—¡Ramsahil! Vuelve aquí —pidió Sham.

Ramsahil apuntó, por fin, hacia una parte de la pared metálica del edificio de la base, y disparó:

Su rayo taladró la materia metálica. El agujero se agrandó, derritiendo con su fuego concentrado la aleación. Era lo lógico.

De aquello se desprendía que los rayos seguían manteniendo su poder... Incluso con la materia metálica. ¿Por qué su cuerpo, pues, resultaba inmune?

Y Ramsahil volvió a enfundar su pistola.

Los guardias, con la mirada, recababan órdenes del jefe de la base, que al fin habló:

—Ramsahil... No se mueva de donde está... Usted puede ser un peligro ahora. Dese cuenta. No se mueva. Pediré instrucciones al doctor Steimer. No se mueva...

—¿Ahora tiene que suplicarme, verdad? —sonrió Ramsahil.

—No se lo pido por mí... Usted ha tocado el bólido. Puede estar contaminado. Le hablo en nombre de todo el personal del satélite. No se mueva...

Ramsahil sonrió. Por primera vez, algo en el satélite le resultaba extremadamente divertido. Por primera vez, se rompía la monotonía. Ahora él —Ramsahil— era un ser superior. Y esto le hacía gracia. Era como una compensación a las vicisitudes pasadas, a la incertidumbre de tanto tiempo de andar entre las tinieblas de la verdad...

CAPÍTULO IV

La primera orden del doctor Steimer fue la de hacer examinar, por los peritos, el componente de las pistolas de los guardias.

Las pruebas del laboratorio fueron positivas. La carga de la mezcla de láser era correcta. Bastaba con que las armas se disparasen para comprobar que sus efectos eran idénticos a los de siempre.

En una de las salas de prueba, varias dianas simbólicas fueron perforadas por los rayos, capaces de taladrar cualquier aleación metálica.

El jefe Bondy inquirió:

—¿Por qué los impactos no hacen mella en Ramsahil?— preguntó:

—Debe ser algo relacionado con la sustancia que transporta el bólido... —repuso el doctor, con gesto grave—. Él lo ha tocado... Está junto al aparato, y se beneficia de su inmunidad.

—Pero, ¿qué sustancia hay en ese bólido, doctor? —quiso saber Bondy.

—No lo sabemos. Es algo desconocido para nosotros...

Según el informe, el bólido hizo un viaje rutinario y teledirigido.

—Así es —repuso Bondy.

—¿No detectaron nada especial sus medidores de control, sus extrarradares espaciales?

—No. Todo fue normal... hasta... hasta que se percibió el sonido en clave que indicaba contaminación desconocida.

—El bólido debió llegar hasta algún cuerpo... Tomó contacto con otro satélite...

—¡No! ¡Imposible! Estuvo volando constantemente —repuso Bondy.

—Entonces, chocó o rozó con «algo».

—No es posible... Habríamos sido informados por los «medidores» —repuso el responsable de la base.

—Tuvo que ser así, Bondy... Si siguió la ruta normal... A menos que...—vaciló Steimer, e inquirió con firmeza—: ¿Puede usted asegurar que siguió la ruta normal?

—Sí, puedo asegurarlo.

—Entonces, hay que admitir lo del roce o choque con un cuerpo desconocido, de un poder letal...

—No puede ser letal, puesto que Ramsahil sigue vivo. ¡Yo vi como el profesor Sabat quedaba fulminado! Ramsahil, en cambio, no.

—Sí. Confieso que esto es un misterio... Sin embargo, la desobediencia de Ramsahil puede ayudarnos mucho... Por algún motivo desconocido, se encuentra protegido por la sustancia que emana del bólido. Quizá... podríamos utilizarle para conocer nuevos detalles... Veamos. Deme la ficha de Ramsahil.

Sirviéndose de la pantalla del despacho de Steimer, Bondy pidió a la base la ficha solicitada.

Inmediatamente aparecieron los datos en la pantalla.

RAMSAHIL.

«Treinta períodos de vida en el momento de abandonar el planeta Orión II para dirigirse como voluntario al satélite.

«Experiencia de los primeros vuelos orbitales.

«Experiencia en la primera toma de contacto del satélite.

«Nuevos viajes exploratorios.

«Ideas sobre siguientes vuelos hacia otros habitáculos, que fueron rechazadas por la comisión espacial, si bien se comprobó que eran viables, aunque resultaran excesivamente caras, en cuanto a coste.

«Invención de la escafandra para retén de oxígeno.

«Coeficiente de inteligencia: 1/2 superior a lo exigible.

«Nociones científicas en primer grado.

«Fortaleza física y resistencia a la fatiga duplicadas.

«Conocimiento de primera clase en todos los sistemas de defensa personal.

«Carácter: Alegre, bullicioso, pero irritable en cuanto se le contradice en algo de lo que está convencido.

«Plenamente responsable.

«Excitable.

«Fin del informe.»

—Parece la persona indicada para llevar a cabo una misión arriesgada —comentó el doctor.

—Sí. Pero últimamente está perdiendo su control.

—¿Y quién no, Bondy?

—Es necesario mantener la moral en forma, doctor.

—Creo que conozco el problema de Ramsahil. Yo mismo le hablaré. No es mucho lo que puedo decirle, pero no disponemos de ningún otro medio para saber el peligro con el que nos enfrentamos —repuso Steimer.

* * *

Ramsahil seguía allí, junto al bólido. Se hallaba sentado, mirando en torno suyo, con hastío.

Su euforia había vuelto a descender, y, cuando se aproximó Steimer, y Bondy le ordenó:

—Póngase en pie. El doctor Steimer quiere hablarle...

Ramsahil siguió en su actitud, indolente, ausente quizá...

El supremo, el mismo que había estado presente cuando ocurrió el inesperado accidente a Sabat, sacó su pistola.

—¡Le han dado una orden!

—Siempre me ha parecido usted un perfecto imbécil, Plaxton

—repuso Ramsahil, desde el suelo—. Debió tener muchas recomendaciones para que le asignaran un puesto semejante.

El supremo Plaxton enrojeció bajo la escafandra.

—Tranquilícese, Plaxton. Y puede irse, no le necesitamos...

—Esto es un acto de rebeldía ante la autoridad. Un insulto... —protestó Plaxton.

—Olvídelo. La situación no está ahora para protocolos —y alzando la voz, habló para Ramsahil—. ¡Eh! Puede seguir como está... No se mueva, por favor... Seguramente está contaminado. ¿Tiene su detector individual?

Ramsahil se incorporó poco a poco, y extrajo un pequeño artefacto de la «bolsa» que llevaba cada uno colgando de su cuerpo.

Ya he mirado el detector, doctor Steimer. Yo no acuso ninguna anormalidad... Pero si mi proximidad con el bólido me hace inmune a los rayos, pienso que para el detector soy igualmente «normal».

—O sea que su opinión es que se halla bajo una fuerza «extraña» —repuso Steimer.

—Sí. Es lo que creo... Pero eso deben decidirlo los científicos —contestó.

—Tire su detector. Hacia aquí. Haremos una comprobación.

Ramsahil obedeció, y arrojó el pequeño aparato recubierto de material antichoque.

Recogido el artefacto, el doctor Steimer lo examinó.

Efectivamente, pudo reconocer que Ramsahil no había mentido. Las agujas indicaban absoluta normalidad.

—Me lo llevaré para que sea examinado, Ramsahil. Entretanto, tengo que pedirle algo... Es usted libre de aceptar o no, pero piense que la suerte de todos puede depender de usted...

—¿Y la mía, doctor Steimer?

Tras un silencio, el médico repuso:

—No puedo contestarle, Ramsahil.

—De acuerdo, doctor. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Entrar en el bólido.

—Tiene gracia —rió Ramsahil, bajo la escafandra—. Intentaron fulminarme cuando quise hacerlo por mi cuenta.

—Sí, lo sé. Y conozco también los resultados.

—¿A qué se debe que mi cuerpo resista los rayos, doctor?— quiso saber Ramsahil.

—Tampoco puedo contestarle.

—Bien. Puede que aquí dentro haya algo interesante. Entraré, en cuanto me abran —repuso Ramsahil.

Volvía a su carácter alegre, amante de la aventura, de lo desconocido.

—No puedo darle ningún detector. Ya ve que a usted no le sirven —siguió instruyendo el doctor—. Pero usted tiene conocimientos. Haga lo imposible para saber qué hay dentro del bólido. Seguramente, no lo verá a simple vista… Puede ser… el mismo ambiente… Algo que se contaminó por simple contacto. Por favor, cualquier cosa que llame su atención, regístrela en el memorizador del vuelo. No se fíe de su memoria…

—Sé que puedo morir, como le ocurrió al profesor Sabat, doctor. No se preocupe. Si no caigo fulminado… tendrá usted esos datos. ¡Vamos, abran!

Todo el mundo esperaba la orden del doctor Steimer. Este cambió una mirada con Bondy, y el jefe de la base hizo una seña a uno de sus auxiliares para que, desde el interior del edificio, fuera abierta la puerta del bólido.

Ramsahil se volvió para entrar así que le fuese franqueada la puerta hermética.

Y la puerta se corrió hacia un lado, dejando franca la entrada.

Todos estaban a la expectativa.

Ramsahil echó un vistazo, sin entrar todavía.

—No se ve nada —dijo simplemente.

Entonces subió el único peldaño que le separaba del umbral, y desapareció en el interior del bólido.

CAPÍTULO V

Llevaba un buen rato dentro.

Nadie podía verle porque el aparato estaba construido con material metálico opaco. Sólo un pequeño visor en su parte delantera permitía observar su interior, pero el visor estaba orientado oblicuamente hacia arriba, y los guardias de aquel lado no podían otear hacia el interior.

La impaciencia de Sham culminó.

—¡Ramsahil!—llamó.

Sham, como todos los demás, era testigo de la escena, de la terrible espera que tenía lugar.

Ramsahil no apareció. ¿Qué estaba haciendo?

¿Vivía todavía?

—¡Ramsahil! —gritó la voz del doctor Steimer—. ¿Ha visto algo? ¡Diga lo que está haciendo!

Silencio. Un silencio absoluto. Un silencio al cero rotundo, como era habitual en el satélite. Un silencio imposible de aguantar para quienes del silencio sólo tenían idea en las noches del planeta. Allí, en el satélite, era distinto, muy distinto...

¿Dónde estaba Ramsahil? ¿Por qué no aparecía?

La espera se eternizó en las mentes de quienes se hallaban en el exterior, pendientes de una información, de una palabra o tal vez de la mera aparición de Ramsahil.

Ramsahil...

Ramsahil se hallaba sentado en la silla del piloto auxiliar. Observaba un conjunto de fotografías de hembras... de féminas portadoras del taparrabos habitual en el planeta. Hembras hermosas, rubias, trigueñas, de pelo azulado —según la última moda, cuando él abandonó el planeta.

Sonreía, ante el recuerdo.

Y para sí comentó:

—Sólo tenemos una, aquí... Humm... La eficiente, grave y espeluznante profesora Kapra... Prohibido mirarla, pena de muerte si se la toca... Ultimas advertencias, ante la problemática del satélite. ¡Nada de dar rienda suelta a las pasiones que en el planeta estaban perfectamente controladas!... ¡Al diablo con tus huesos y tu sesuda inteligencia, profesora Kapra!... Esto son féminas... Esto son hembras.

Lanzó un silbido ante la última imagen que desfiló por sus ojos, en los retratos que seguía hojeando, insertos en un árbol.

Una voz llegó hasta él. Ya la había oído con anterioridad:

—¡Ramsahil! ¡Conteste, por favor!

Y sonrió:

—¡Qué pesados! —exclamó.

Asomó, por fin.

—No sean impacientes. Estoy trabajando —dijo.

—Pero... ¿Ha visto algo? —inquirió Steimer.

—Pues sí... Pero dudo que pueda tener ningún interés científico... —repuso.

—Por lo que más quiera, Ramsahil... Cualquier cosa, por insignificante que sea, puede tener interés, aunque usted no se lo vea —insistió el doctor Steimer...

—De acuerdo, de acuerdo. Seguiré buscando —contestó Ramsahil, y volvióse adentro. Tomó el álbum, y lo dejó donde lo había encontrado.

Entonces tornó a buscar por cada rincón del bólido, donde todo parecía absolutamente normal.

Allí nadie denotaba la presencia de cuerpos extraños, de sustancias nocivas.

Sin embargo, algo debía tener el aparato... Algo que ya había matado a una persona, y que a él le había vuelto inmune a los rayos láser.

Comprobó los registros de vuelo, que tampoco indicaban nada anormal.

Observó los aparatos de control. Los manipuló. Todo estaba de acuerdo con aquel tipo de aparatos.

Se encogió de hombros.

¿Dónde estaba esa... «sustancia»?

De pronto, los ojos de Ramsahil quedaron fijos en algo... Algo indefinido.

Con el transmisor particular que cada uno de los hombres del satélite llevaba para sí, comentó:

—Estoy viendo algo... Está situado en una esquina. Junto al armario de emergencias. No sé cómo ha podido introducirse... Es... del tamaño de un antiguo cojinete. Voy a dejarlo grabado.

Repitió lo que había visto en el registro del aparato, y volvió la mirada hacia aquel punto.

Solamente había perdido unas fracciones irrisorias de tiempo, sin embargo, ¡la cosa ya no estaba allí!

* * *

—¿Qué era, Ramsahil? Trate de recordarlo —pidió el doctor Steimer, formando la cadena, junto con los demás miembros de la base.

Ramsahil contestó, desde la puerta del bólido:

—Ya se lo he dicho...

—¿De qué color?

—Parecía... Parecía transparente. Metálico... pero transparente... Sí. Eso es. Transparente.

—Búsquela, Ramsahil... Búsquela, pero no la toque —ordenó el doctor.

—Lo he estado intentando, doctor Steimer. No puedo dar con ella.

Steimer quedó contrariado. Luego, tras cambiar unas palabras con el jefe de la base, murmuró:

—Escuche, Ramsahil... Salga usted. Una ambulancia vendrá en su busca. Le someteremos a examen. Mientras tanto, el bólido quedará cerrado.

—Escuche, Steimer... Tengo una idea mejor... Puedo seguir el mismo rumbo de la nave... Quizá encuentre algo más.

—No. De momento, le someteremos a una prueba.

—¡No! —gritó entonces una voz femenina.

Sólo había una hembra en el satélite. La profesora Kapra.

Todos se volvieron hacia ella.

—No puede salir de aquí... Sería su muerte. Le necesitamos en contacto con nosotros.

—¿En qué se funda? —inquirió Steimer.

—En los estudios del profesor Sabat. No olvide que yo fui su ayudante durante mucho tiempo.

—¿Y qué? —inquirió Steimer.

—Siempre dijo que en alguna parte existía una forma de vida única, diferente a la conocida, con la energía suficiente para mantener vivo a cualquier otro ser, fuera cual fuese su especie... La muerte del profesor Sabat no se produjo junto a la nave. Recuerden...

Se hizo un silencio.

Sham fue quien primero se atrevió a romperlo para preguntar:

—¿Insinúa que si Ramsahil es apartado de la nave... puede morir?

—Así ha ocurrido con el profesor.

—Pero el profesor fue fulminado, apenas se abrió la puerta —recordó el doctor Steimer.

—De acuerdo... Se produjo... digamos una especie de descarga, que Sabat no pudo soportar. Ya en razón de su anatomía... o por causas que todavía ignoramos. Pero la verdad es que vivía cuando fue trasladado a la sala de emergencias. Murió allí...

—Lejos... de la energía desconocida que pueda emanar el bólido —murmuró Steimer, pensativo.

—O lejos de lo que pueda «haber» dentro de él —rectificó la doctora Kapra.

Steimer quedó pensativo. En aquellos momentos, las máximas autoridades científicas del satélite eran ellos. Steimer y la profesora Kapra. Les seguían algunos ayudantes y personal secundario.

Bondy venía a ser el jefe de la base. Luego, existían los supremos. Tres. Y la guardia. Además de los pilotos. En conjunto, formaban un equipo de unas ochenta personas.

Steimer cambió una mirada con Bondy.

El supremo Plaxton esperaba instrucciones, junto con la totalidad de la guardia concentrada en la base. Otros dos supremos aguardaban igualmente alguna decisión.

—¿Qué aconseja, profesora? —inquirió Steimer.

—Quiero ir con el piloto Ramsahil —dijo ella.

—Eso, no. No es posible. Puede ser peligroso —repuso Steimer.

No importa —repuso ella.

«Vaya —pensó Ramsahil para sí—. Sólo me faltaba esto... Condenado en una nave... ¡Nada menos que con la profesora Kapra...!»

—Sabat estaba a punto de averiguar algo trascendental. Yo le seguía en sus estudios... Él hubiese ido. Ya lo intentó... Recuerdo lo que me dijo, cuando recibió las indicaciones de que el bólido había regresado con una sustancia desconocida, que indicaba «contaminación».

Y tras una pausa, añadió:

—Sabat dijo: «Puede que sea lo que durante tanto tiempo he buscado». Y luego añadió que sólo conociendo la «cosa» de cerca, habría modo de combatirla... o asimilarla.

—Pero usted es la única persona capaz de llevar al día los progresos —indicó Steimer.

—Todo está registrado, doctor... Si a mí me ocurriese algo... Pero, ¿qué puede ocurrir que no haya ocurrido ya? —sonrió ella.

—Si el doctor cree que no debe ir —intervino el supremo Plaxton…

«Vaya —pensó Ramsahil—. Esta vez ha dicho algo sensato… ¿Por qué diablos necesito ese saco de huesos pasado de moda?»

Pero ya estaba decidido. La profesora Kapra avanzó hacia el bólido.

—¡Colaboraremos juntos, piloto Ramsahil! —exclamó—. Voy a entrar en el bólido. Desde este momento, asumo el mando.

Y Ramsahil se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡No! ¡No! —lo decía para sí, resignado—. Ella no…

Y Sham murmuró también para sí:

—Pobre muchacho… Nada menos que con «ella».

CAPÍTULO VI

La primera orden de Kapra fue que se cerraran las puertas del bólido.

—¡Vamos a despegar! —dijo escuetamente a Ramsahil.

—¡A sus órdenes! —repuso él, sin moverse del sitio.

Ella le miró de pies a cabeza.

El también, sin disimular una burlona sonrisa.

No. No era una mujer fea. Tampoco era vieja en su aspecto; el único defecto para Ramsahil era que, viéndola, vestida como uno más en la base, no parecía ciertamente una mujer... Disimulaba sus curvas con el traje uniforme color verdoso, a semejanza de la superficie del satélite.

Ninguna prominencia en su cuerpo... nada que la hiciese destacar como una mujer... Con el cabello oculto por la escafandra y sus rasgos enérgicos, era como... uno más. Un hombre, se entiende.

Luego, su voz grave, autoritaria, y el estar siempre pegada a sus notas, y pensar constantemente con la ciencia... No. No era nada femenina, pero hubiese podido serlo.

Ramsahil sacudió la cabeza de un lado a otro, como si una vez más se riera de su propia suerte.

Kapra pareció adivinar los pensamientos del varón, y quiso puntualizar:

—Ramsahil. Creo que usted y yo nos conocemos... Sé que fue uno de los que discrepó para que yo acudiera al satélite.

—Sí, sí. Lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, Ramsahil. No existe ninguna diferencia entre yo o cualquier otro profesor varón.

—Eso es lo malo.

—Sin bromas, Ramsahil. Para aclarar conceptos, le diré que usted tiene el deber de obedecerme como si se tratara de Bondy.,

—A Bondy le mando a paseo a menudo.

—Soy su superior. Y estamos en una misión muy importante. ¿No se da cuenta?

—Según usted, ya no podremos separamos de esta nave. ¿No es así?

—No. No podremos.

—O sea que me ha elegido precisamente a mí para… para terminar el resto de sus días —repuso él, en tono irónico.

—No sea sarcástico. Yo no le he elegido. Usted estaba dentro, y ya no podía salir…

—Mire, profesora… Cuando he pilotado una nave, he sido el comandante de ella. Mis compañeros han sido varones… ¡Y yo les he dado las órdenes!

—Pues ahora va a ser al revés. Pondrá usted en movimiento la nave. Siguiendo el mismo vuelo que el anterior. Si hay cambios, seré yo quien se los indicaré.

—Entonces, querida profesora, pilote usted.

—¡Ramsahil! Le ordeno que…

—¡No! —espetó él.

¿Qué ocurre? —inquirió, desde fuera, la voz de Bondy—. Todo está listo para el despegue.

—Pequeños problemas particulares —repuso Kapra, a través del transmisor—. Se solventarán.

Luego se volvió hacia Ramsahil, y murmuró:

—Vamos, Ramsahil…

—«Por favor» —sonrió él.

—¡Oiga! —exclamó Kapra.

—«Por favor». Y nada de órdenes, ¿eh? Usted puede mandar la expedición. Yo no me meteré en su terreno, pero la nave es mía… Y no me salga con amenazas… Soy inmune a los rayos…

—Si hemos de convivir mucho tiempo juntos... Y no es porque yo lo desee —repuso ella— conviene que empecemos bien. Por última vez, Ramsahil...

—«Por favor».

Kapra tampoco estaba acostumbrada a ser contrariada. En todo caso, había aceptado siempre órdenes de sus superiores en la rama científica, pero nada más.

En aquella ocasión, tuvo que tragar saliva, tragarse el orgullo y engullir lo que iba a decir:

—¡Por favor! —admitió.

—Esto está bien. ¿Ve? Nos pondremos en marcha. La verdad es que lo estaba deseando —sonrió él.

* * *

El bólido espacial había sido equipado con mochilas adicionales para el oxígeno.

Ahora volaba ya fuera de la órbita del satélite, que era sólo una mancha en el espacio infinito.

Kapra anotaba las incidencias del vuelo, y comprobaba la ruta para verificar si era la misma del vuelo anterior.

Durante el tiempo que siguió al despegue, ni científico ni piloto se habían dirigido la palabra. Hasta entonces, no fue necesario.

Fue ella la que rompió el silencio y, dejando sus notas, preguntó:

—¿Dónde vio el objeto?

—¿Se refiere a esa bolita transparente, fruto de todas nuestras desventuras? —sonrió él.

—¡Sí! ¿Dónde la vio? —inquirió ella, impaciente.

—Hummm —colocó el automático, y, con el índice, le indicó el lugar—. Allí, en aquel rincón.

—¿De qué tamaño era?

—Pues... así. —Y marcó unas teclas en el pequeño pupitre—. En una pantalla quedó registrado el tamaño. Era algo realmente insignificante **(3)**.

—¿Redondo?

—Sí. Así me lo pareció.

—Bien. Sigamos el rumbo. Por ahora, vamos bien.

—¿Espera encontrar más objetos parecidos? —inquirió Ramsahil.

—No sé lo que vamos a encontrar, pero, ante todo, era necesario alejar el bólido del satélite... Póngase en contacto con la base.

Ramsahil asintió.

Momentos después, la voz de Bondy informaba:

—¡Es asombroso, Ramsahil! Ha desaparecido todo peligro de contaminación. Los detectores vuelven a señalar «cero». Steimer dice que debieran aproximarse ustedes otra vez para ver hasta qué punto influye «la sustancia»... Es para hacer un cálculo de distancias.

Ramsahil asintió, y puso nuevamente rumbo al satélite.

Ella —Kapra— iba a decir algo, pero se abstuvo de hacerlo. Ramsahil sonrió.

Poco después, y cuando el bólido se había aproximado considerablemente, la voz de Bondy indicó:

—¡Ya está bien! Mantenga la nave fija.

—¿A cuánto estamos? —preguntó Kapra, mirando el control.

—Faltan siete puntos de coordenadas. En las viejas medidas, serían unos dos millones de kilómetros de la superficie.

Kapra tomó unas notas, y se puso al habla:

—Que uno de mis ayudantes compruebe el punto exacto en que entran en la influencia de sustancias.

Se hizo un silencio y, tras nuevas indicaciones, Ramsahil comenzó a moverse, alejándose y aproximándose en relación al satélite, hasta comprobar el punto exacto donde la «sustancia» del

bólido influía en la base experimental.

La distancia se estableció en algo más de dos millones de kilómetros del cálculo antiguo.

Kapra tomó notas.

—No podemos pasar de esta distancia. Márquelo en las coordenadas —ordenó.

—Ya lo he hecho, encanto —sonrió él.

—No haga las cosas difíciles, Ramsahil. ¡No me llame encanto!

—Es un modo de disimular... porque de encanto, nena..., no tiene ciertamente nada...

—¡Grosero!

—Bueno. Ya veo. Mal si le digo un requiebro, mal si digo lo que pienso.

—Estamos aquí para trabajar. No malgaste palabras.

—Apuesto a que, cuando las demás chiquillas jugaban con las muñecas andarinas y habladoras, usted ya manejaba robots auténticos...

—¿Y hay algo de malo en ello?

—Sí, Kapra... No haber vivido. Vamos a morirnos en el espacio. ¿De qué le servirá toda sabiduría? ¿O es que, en realidad, sabemos algo? Una simple bolita transparente trastorna todo un sistema de vida, Orion no estaba tan adelantado como imaginábamos, ¿eh? Todo era propaganda. La primera vez que nos enfrentamos en serio con lo desconocido, vamos a morir.

—¿Cómo llegó usted a piloto comandante? —le preguntó ella, mordaz.

—Voy a contestarle de la única manera que puedo, Kapra. No me regalaron la plaza. He luchado... Conozco todos los tipos de bólidos que existen. Me sé de memoria cada una de las piezas y, sin ser científico, podría desmontarlo y volverlo a montar con mis manos. ¡Cierto que yo no lo inventé! Pero sé dominarlo... Y mientras yo esté con vida, Kapra, usted llegará donde sea... Su sapiencia, sin embargo, no le permitiría hacer otro tanto. Así que déjeme tranquilo y vuelva a sus cálculos... Ya me dirá dónde quiere que... me detenga.

Ella sacudió la cabeza, pensando que era mejor no contestar.

El la miró y, de pronto, sus ojos se agrandaron tras la escafandra.

—¡Quieta! ¡No se mueva! —exclamó.

—¿Qué pasa? —susurró la profesora.

—«La cosa» está sobre su cabeza… ¡Es extraño! Está suspendida en el aire. No se mueva. ¡Quieta! Parece… ¡Cielos! Parece que tenga vida propia. ¡No se mueva, Kapra!

CAPÍTULO VII

La «cosa» estaba allí, con el mismo tamaño de antes, tal como Ramsahil la había descubierto cuando subió al bólido.

Y estaba pendiente, sobre la cabeza de la profesora, que permanecía completamente inmóvil.

—¿Qué hace? —inquirió ella, en un murmullo.

—Nada. No se mueve… ¿Cómo habrá podido… ? —empezó él.

—Usted lo dijo antes, Ramsahil… «Tiene vida propia» —dijo ella.

—¿Qué quiere que haga? En esto, es usted la que tiene la palabra.

—Nada. Déjela donde está.

—Escuche… Puedo intentar alejarla de ahí.

—¡No intente hacerlo!

—Si cree que puede peligrar su vida… —murmuró él. Estaba vuelto hacia la profesora, mirándola alternativamente a ella y a la «cosa».

—Ramsahil, haga lo que yo le diga, y no discuta, por favor.

—¡Hable! —pidió él.

—Vuélvase. Tripule la nave por sí mismo. Olvide «eso».

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Si lo tiene ahí!

—Ramsahil, por favor… No discuta —susurró ella, y añadió—: Por favor…

—Está bien, está bien… Ahora es su vez.

Se volvió, apartando el automático para tripular él mismo. Se volvió ligeramente hacia la «cosa», y la mujer repitió:

—Olvídela, Ramsahil... Olvídela...

Le costó, pero al fin obedeció y, con la mirada al frente, taladró el espacio infinito, siguiendo la ruta marcada.

—¿La nota ahí? —inquirió él, al cabo de un silencio que se le antojó eterno.

—Creo que sí. Siga la ruta —repuso ella.

Ramsahil continuó haciendo marchar la nave por el camino marcado en el plano anterior. Seguía la misma ruta que hizo cuando trajo la «cosa» consigo.

El silencio volvió a eternizarse. Ramsahil deseaba volverse, pero en aquella ocasión pensaba también que contrariar a la profesora podía equivaler a atentar contra su vida.

—¿Cree... cree que puede ser «agresiva»? —inquirió, rompiendo nuevamente el silencio.

—Ella nos mantiene vivos, Ramsahil. No lo olvide. Estamos bajo su influencia...

—Sí... Si le pegara un simple golpe con la mano... —insinuó Ramsahil, pero ella, sin levantar la voz, repuso:

—No lo intente siquiera. Sería nuestro fin... Puede que no duremos mucho, pero, al menos, mientras estemos con vida podremos investigar.

Ramsahil asintió y continuó de espaldas a la profesora y, en consecuencia, de espaldas también a la «cosa».

Al cabo de un tiempo incalculable, ella musitó:

—Vea si está aún ahí.

Ramsahil se volvió despacio, y miró más arriba de la cabeza de Kapra.

—¡No está! —exclamó.

—Lo suponía —repuso ella—. Bien... Espero que se haya dado cuenta de que no deseamos hacerle ningún mal.

—¿Habla en serio? —preguntó Ramsahil—. ¿Piensa que esa bolita insignificante... tiene cerebro propio... y puede discernir?

—Me temo que sí —murmuró ella, y desplegó su libro de apuntes para tomar unas notas y preguntar al fin:

—¿Dónde estamos?

—Nos acercamos al punto límite.

—Y sin embargo, no hemos dado con nada... de ese tipo...

—¿Qué esperaba encontrar, una nube de «cosas» parecidas?

—Esperaba el origen, Ramsahil...

El guardó silencio y, al poco rato, anunció:

—Fin de viaje. La nave no fue más allá. Y como ha podido comprobar, no hemos encontrado indicios de «cosas» parecidas...

—Eso parece —murmuró ella, y se volvió hacia un lado, pero sus ojos quedaron automáticamente dilatados al fijarse en algo—. ¡Ramsahil! —exclamó.

Cuando el piloto se volvió, pudo ver, con el mismo asombro de la profesora, que en la parte trasera..., suspendidas entre el techo y el suelo de la nave..., había un total de cinco bolitas... Todas exactamente iguales...

* * *

—¿Por dónde entran? ¿Por dónde? —masculló Ramsahil—. Esto es lo que quisiera saber. Estamos dentro de un reducto metálico, a prueba de todo. Aquí no puede pasar ni un alfiler, ni el aire siquiera, si es que lo hubiese. ..

—Esto es distinto, Ramsahil... Es una materia desconocida... ¿Acaso usted ha conseguido poner en funcionamiento todos los sentidos que posee?

—¿Qué quiere decir?

—Usted puede ver, puede oír, puede oler, puede sentir el sabor de las cosas y tiene tacto... Pero carece de cualquier otro sentido...

—¿Traspasar cuerpos opacos, por ejemplo? Esto no sería un sentido. En todo caso, una habilidad.

—Ignoramos todo, respecto a las otras criaturas...

—Esas bolitas tan redonditas, que parece que nos están mirando...

—Nos están mirando —recalcó ella—. No lo dude... No con los ojos que usted entiende por normales...

—Son partículas radiactivas, Kapra... como pedacitos de algún extraño meteoro, con un sistema de energía propia... Pero no son seres vivientes...

—Viven, Ramsahil. Viven. A su modo, pero viven...

—¡Y se reproducen! —espetó el piloto, en aquellos momentos.

Las cinco «cosas» se habían convertido en siete.

—Lo he visto... Es como si... ¡Fíjese! ¡Otra! —exclamó, señalando con el dedo una de las bolitas.

Parecía que se desdoblara como una burbuja de jabón. Y surgía otra, exactamente igual... Ocho, nueve, diez...

—¡Estamos en la zona!—exclamó Kapra—. No se mueva... Este debe ser su espacio vital. ¡Tengo que averiguar qué es lo que hay aquí! —espetó Kapra.

Miró por el visor.

El espacio en sí no había cambiado de forma. Azul celeste, muy claro, infinito siempre.

—¿Qué espera encontrar, muñequitos jugando a las bolitas? Es mejor buscar otro sitio. No podemos alejarnos demasiado... Pronto necesitaremos cambiar de mochila. Sólo tenemos dos repuestos para cada uno.

—No hable. Ahorrará oxígeno —repuso ella.

—¡Vaya un consuelo!

—¡Déjeme a mí!

—¿Dejarle qué?

—¡La nave!

—Ni lo sueñe...

—Sólo quiero evolucionar un poco...

—Yo lo haré... Vamos. ¿Hacia dónde quiere ir? Aquí no hay mucho que elegir...

Se volvió y, observando las diez bolitas que seguían colgando del techo como si un hilo invisible las aguantara, murmuró:

—¡Y con testigos, incluso!

—¡Vaya hacia allí! ¿No observa una nube? —indicó Kapra.

—Sí. Eso parece.

—¡Vamos!

Él puso en marcha el bólido.

—¡Es lo único perfecto que construyeron en Orion! Estos artilugios... Su combustible es eterno... ¿Por qué demonios no vinieron a buscarnos?

—Porque hubieran tenido que construir una especie de aerobús espacial... Se habrían gastado el presupuesto hasta el fin del planeta. Y deje ya de gruñir, Ramsahil...

El conducía de acuerdo con las instrucciones de la profesora que, por su parte, había dejado de hablar en el tono autoritario que le caracterizaba.

Se aproximaban a la nube cuando, de pronto, sonó un chasquido extraño. Ramsahil accionó una de las palancas, y fijó las coordenadas.

—Nos hemos parado —murmuró.

Volvió a accionar la palanca, sin resultado, y entonces tocó el pulsador del carburante.

—Creo que hay una avería en el contacto electrónico. Echaré un vistazo a la caja.

Tenía que pasar al fondo de todo. Las bolitas le impedían el paso, y se agachó, murmurando:

—Quietecitas, ¿eh?

Sonó otro chasquido, y la nave hizo un brusco viraje, lanzando a Kapra hacia una de las laterales. Ella, para no caer, trató de sujetarse

a… lo primero que vio, y no hizo más que tocar una palanca. La puerta se abrió, corriéndose hacia un lado.

Lanzó un grito.

—¡Kapra! —gritó él, a su vez.

Tratando de aguantar el equilibrio, pasó de nuevo debajo de las bolitas, cuando la profesora desaparecía en el espacio.

—¡Kapra! —volvió a gritar.

CAPÍTULO VIII

La lucha fue feroz.

La lucha entre el hombre y la velocidad de la nave, que había perdido completamente el control.

Era como si una fuerza invisible la atrajera hacia algún lugar determinado.

Pero el problema no consistía solamente en recuperar el control. ¡Quedaba Kapra!

Ahora flotaba en el espacio. Lejos... Lejos.

Ramsahil apretó los puños. Aquella emergencia era lo último que podía esperar.

Tomó una de las mochilas de repuesto. Luego, buscó el botón del impulsor de cohetes de emergencia, y salió fuera.

El cohete, a modo de antiguo caballo, podía ser impulsado a voluntad por su «jinete».

El jinete, en este caso Ramsahil, dirigió el artefacto hacia donde la profesora se había perdido.

—Esto es el fin —murmuró—. Nos vamos a perder los dos... Bueno. No será ni siquiera una muerte gloriosa... Pero más de uno, en generaciones pasadas, hubiese dado algo para vivir este final.

Y como un *cow-boy* del siglo XIX de la Era Cristiana, Ramsahil seguía avanzando, «cabalgando» sobre el cohete.

La nave se perdía en el espacio sin fin.

Ramsahil sonrió.

—¡Adiós...! —dijo.

Atisbó a la profesora, a lo lejos. Ella parecía ir despacio, muy despacio, en su flotar.

Ramsahil notaba que le faltaba oxígeno, pero aguantó aún.

—¡Eh! ¡Kapra! No tardaré en llegar... Relájese...

Ella no contestó. Parecía dormida, como inconsciente.

Ramsahil la alcanzó momentos después. No fue difícil dominarla, allí donde los cuerpos no tenían peso alguno. La montó delante suyo en el cohete. Ella estaba inconsciente. Probó su escafandra, y comprobó que ya no le quedaba nada de oxígeno.

Tomó la mochila que había recogido, y la cambió por la de la profesora.

Tiró la vieja, que quedó flotando, sin rumbo, perdida para siempre.

No era la primera cosa que flotaba en el espacio. Sonrió, al ver un cubo flotando también...

«¿Quién demonios debió perder esto?», pensó, mientras aplicaba la nueva mochila a Kapra.

Volvió a notar la falta de oxígeno y, tras unas manipulaciones, acopló su tubo al de la profesora, utilizando el orificio de emergencia para tales casos.

—Bueno... Estoy condenado a morir a tu lado, fea sabionda...

Y ella contestó:

—¿Por qué me salvaste la vida, entonces?

—¡Oh! No sabía que pudieras oírme... Mal por mal, te hubiese llamado hermosa...

Se tuteaban. Era el fin de cualquier discrepancia. Su suerte estaba echada. Del espacio infinito, nadie había salido jamás con vida...

—Hiciste un mal negocio salvándome —añadió ella.

—Uno nunca sabe lo que es peor —repuso él, en tono festivo.

—¿Y la nave?

—¡Ah!

Se había perdido por completo.

—¿Qué haremos ahora?

—¿Los científicos no tienen respuesta para todo?

—No te burles, Ramsahil…

—¡Si no me burlo! Aguantaremos hasta que podamos respirar.

Navegaron por el espacio. Eran dos caballistas sin caballo, montando a horcajadas un extraño y grotesco cohete. Su velocidad, en medio de lo infinito, era irrisoria.

Asteroides, meteoritos… Todo pasaba veloz cerca de ellos, que seguían una ruta imprecisa… hasta que el cohete agotara el combustible… hasta que ya no pudieran respirar…

* * *

Inconscientes, casi dormidos, o por lo menos sin noción exacta de la realidad, habían perdido la cuenta del tiempo que llevaban sin rumbo.

En derredor, el paisaje no había cambiado. Podían haber realizado miles y miles de kilómetros de la «cuenta antigua», pero el panorama era el mismo del principio.

El levantó ligeramente la cabeza. Ella murmuró:

—Ramsahil… Hace tiempo que no utilizas el oxígeno.

—Procuro ahorrarlo —murmuró él.

—¿Qué importa ya? No tenemos salvación.

—No hables —repuso Ramsahil, imitando a la profesora, que había pronunciado las mismas palabras, allá en la pequeña nave—. Ahorra combustible.

—Perdona si… al principio he sido un poco brusca… Yo… bueno, quizá tú tenías razón… No he vivido demasiado… Lo mío fue siempre el estudio.

—Es bueno estudiar cuando uno sabe lo que quiere aprender… Lo mío era eso. —Y señaló el espacio—. Lo desconocido. Cuando, en Orion, los científicos apenas habían conseguido una órbita, yo ya soñaba con el más allá… Nunca pensé que iba a terminar así… Pero no me importa, ¿sabes? He conseguido realizar un sueño. He llegado más

allá de lo que muchos imaginaban…

—Yo me pregunto si ha servido de algo aprender tanto… Ni siquiera ha quedado constancia de mis experiencias.

—Bueno… Tal vez… ¡Quién sabe!—repuso él.

—Ramsahil —exclamó ella tras un silencio.

—Di.

—¿De veras… soy una hembra abominable?

—No soy especialista. Pero no… Tienes sentimientos, aunque se te hayan despertado tarde…

—Sólo pensé en saber… saber…

—Apóyate en mí. Estás cansada.

Ella recostó la escafandra sobre el pecho del piloto. Su cabeza —la de Kapra— se reclinó, a su vez, dentro del transparente abovedado.

—Sí —musitó, sin apenas voz—. Estoy cansada… Muy cansada.

—No hables… No respires. Todo será suave, ¿sabes? Morir a voluntad. Lo aprendí en no sé qué lección… Si no se respira, se muere… ¡Oh! Qué tonterías estoy diciendo! Quiero decir que…

—Te comprendo, Ramsahil. Si no respiras por tu propia voluntad, la muerte viene de forma más dulce… Todavía nos quedará oxígeno.

Y guardaron silencio.

De nada valía luchar. No podía pelear contra lo inevitable. Les faltaba lo más vital. El oxígeno. Su forma de subsistir, donde quiera que se encontrasen.

El cohete prosiguió su marcha rítmica y monótona, por unos parajes eternamente iguales.

Silenciosos, en idéntica posición, los dos extraños jinetes del espacio continuaban hacia su destino inexorable: la muerte.

La muerte en la soledad. En el cero infinito, absoluto. La muerte, en definitiva.

Cerraron los ojos. Como si durmieran, como si ya todo hubiese

terminado para ellos.

Sin embargo, el paisaje era hermoso… Inspiraba paz… Pequeños planetas en la distancia… a millones de años luz, brillando allá en lo alto… o acaso a uno u otro lado. El espacio no tiene límites ni puntos cardinales.

Azul siempre… Un azul celeste, claro. Influido por un astro de vida, que lo ilumina todo en la misma galaxia, cuando no tiene ningún otro cuerpo delante que se lo impida.

Para ellos, para el piloto y la profesora, todo había terminado ya.

Todo.

CAPÍTULO IX

Todo había terminado ya.

—¿Todo? —inquirió Ramsahil, como si volviera en sí, y expresara en voz alta lo que estaba pensando.

Temió ser víctima de una alucinación cuando, al entreabrir los ojos, vio «aquello».

El… ¡El bólido!

—¡Kapra! —exclamó—. ¡Kapra…! Aguanta como puedas. ¡Mira! Es nuestra nave —exclamó él.

Ella, aturdida aún, pudo ver lo que el piloto le indicaba. Sonrió, alelada.

—La… la nave —repitió.

—Vamos, vamos… Tenemos que llegar —exclamó. Y accionó el único mando del cohete, tratando de ganar «terreno al espacio»…

—Podemos conseguirlo. ¡Sí, podemos! —exclamó, lleno de júbilo, al ver que se aproximaban.

El esfuerzo era prácticamente simbólico, puesto que el cohete se dirigía allí, perfectamente tripulado por su piloto.

Después… Tras un tiempo, que se eternizó para los dos, el cohete hacía su entrada en la nave, a través de la puerta que aún permanecía abierta.

Ramsahil la cerró en el acto. Se quitó la escafandra y dijo:

—Voy a cambiar las mochilas…

Manipuló, sin protección alguna, y, cuando iba a decir algo, se dio cuenta de la realidad.

—¡Kapra! —exclamó.

Ella le miraba, casi inconsciente.

—¡Kapra! Mira. Puedo respirar... Puedo vivir, sin ese chisme... ¡Kapra!

Y ayudó a la profesora a desprenderse del artefacto.

Apenas ella se vio libre de la escafandra, aspiró una bocanada de aire, y sonrió, desconcertada.

—¡Oxígeno! ¡Oxígeno mejor que el nuestro! Es... Es inconcebible... Podemos respirar sin las mochilas.

—¡Sí! —exclamó ella.

Era como si, por primera vez, experimentaran en sus propias carnes el valor de algo tan inapreciable como el aire.

En su entusiasmo, no se habían dado cuenta de los testigos.

Aquellas formas redondas seguían allí, suspendidas en el aire. Su número era de veinte.

—¡Mira! Han vuelto a reproducirse —exclamó Ramsahil.

Cuando ella volvió los ojos hacia las formas, la pequeña nave tomó a moverse bruscamente.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió ella.

Ramsahil no tuvo tiempo de contestar porque, duplicando la velocidad de despegue, el bólido se perdió en el espacio, a ritmo vertiginoso.

No era posible calcular la velocidad. Ramsahil y la profesora perdieron el control, y cayeron a un rincón. A ritmo normal, les hubiera sido posible moverse, pero la irresistible carrera de la nave les mantenía juntos, y las formas redondas seguían inmóviles, testigos mudos de la suerte de aquel par de seres, a merced de las fuerzas ocultas del espacio.

No existía ciencia que pudiese resolver el enigma de aquella velocidad fuera de control.

No había fuerza humana capaz de dominar la nave.

Ramsahil, con un gran esfuerzo, consiguió andar hacia el sillón de piloto.

Todo su cuerpo era una convulsión, imposible de contener. Irresistible, siempre a merced del ritmo que marcaba el bólido, fuera

de todo posible mando.

Ramsahil se aferró a las palancas. Pulsó todos los resortes.

—Esto no es normal... Hay combustible... Puede frenarse.

—Nos hemos salido de ruta —adujo ella—. Quizá hemos entrado en la órbita de algún planeta desconocido, que nos atrae.

Ramsahil miró la pantalla de coordenadas. La línea luminosa de puntos corría bien con lógica. No existía fallo alguno.

—Voy a intentar dejar la nave en suspenso —dijo.

Soltó el combustible necesario para el freno, pero el bólido tampoco respondió a la maniobra.

En la pantalla correspondiente, se indicaba la proximidad de un cuerpo.

—Nos acercamos a algún punto —dijo.

Ella luchaba por poder avanzar.

Las formas redondas seguían allí, suspendidas, como atentas a toda maniobra, pero mudas.

Cuando ella logró incorporarse, miró a través del visor. Ramsahil estaba demasiado ocupado para poder observar el exterior.

—¡Mira! —exclamó ella—. ¿Qué es aquello?

Una masa incandescente, volcánica, en el espacio, rodando en forma vertiginosa. Aparecían llamas y volcanes, que esparcían por su boca algo que surgía de las entrañas de un planeta.

—¡Vamos a estrellarnos, Ramsahil! —exclamó ella.

—¡No! ¡No, mientras pueda evitarlo!

La tensión era terrible. Y la nave se aproximaba, por momentos, a aquel volcán del espacio.

Ramsahil comprobaba, manipulaba, pulsaba, sin obtener ningún resultado positivo.

—Hemos entrado en su campo gravitatorio. ¡Mira las coordenadas!

—Sólo hay un medio... Como si estuviésemos en Orión... Estos

chismes están ideados para poder actuar como simples naves voladoras.

Soltó todos los mandos, dejando que el bólido cayera por su propia inercia. Entonces, accionó la palanca normal de toda nave voladora.

—¡Nos recobramos! —advirtió ella, observando el altímetro.

El aparato, sin embargo, continuaba a merced de la inercia.

Con pulso firme, Ramsahil consiguió que el aparato le obedeciera.

Al fin, la nave quedó como suspendida unas breves fracciones de tiempo.

—Intentaré elevarme, antes de que la temperatura derrita el metal.

El interior, impermeabilizado, no dejaba sentir la evidentemente alta temperatura de aquel planeta en llamas, pero resultaba obvio pensar que la aleación podía resistirse.

Por fin, ya completamente dominada, la nave sobrevoló aquella extraña forma candente.

—Vamos a rodear «eso» —dijo Ramsahil.

—¿Puedo observar por el periscopio de distancia? —inquirió ella.

—Claro que puedes.

Ella graduó una lente de diez mil aumentos y, ante sus ojos, desfilaron lo que antes debieron ser montañas y valles, ríos y lagos, mares, océanos… ciudades y zonas rurales…

Luego, clavó el periscopio en un lugar determinado, y dejó de mirar unos instantes para exclamar algo a media voz.

Sólo bastaba fijarse en Kapra para comprender que estaba completamente aterrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Mira, Ramsahil… ¡Mira! Es horrible…

CAPÍTULO X

Ramsahil pudo comprobar personalmente el motivo del terror de la profesora Kapra.

Igual que ella, pudo ver en una zona calcinada, donde las llamas ya habían terminado su obra destructora, aquellos retazos de los que habían sido unos edificios famosos.

Central de Investigaciones del Estado de…, lo demás estaba ya totalmente quemado, pero no importaba. Aquella Central de Investigaciones era bien conocida de los dos ocupantes de la pequeña nave.

—Es Orion… Orion II —murmuró Ramsahil.

—Tal vez alguien esté con vida —adujo ella, a su vez—. ¿Crees que… podrías acoplarte al suelo del planeta?

—Comprobaré si existe algún peligro —repuso el piloto.

Tras observar los aparatos, pensó que era posible.

—No existe ningún indicio, pero habrá que tomar precauciones. Después de una guerra… todo puede estar infestado.

—¿Una guerra?

—¿Qué si no? No éramos nadie, y pretendíamos serlo todo, ir por delante de los demás. En vez de aunar nuestros esfuerzos, nos combatíamos… Éramos poderosos en armamentos y pobres en inteligencia… Tenía que ocurrir así…

Y Ramsahil tripuló la nave hasta dar con un lugar apropiado, aunque no exento de ruinas y cascotes. Era la parte menos dañada del planeta.

Hizo descender el bólido, verticalmente hasta posarlo sobre la superficie de aquella parte de Orión II.

Abrió la puerta y asomó.

El oxígeno le pareció incluso más puro que cuando había

vivido en aquel habitáculo.

—¿Cuánto tiempo debe hacer de esto? —murmuró ella.

—No lo sé. Pero parece lejano. Esto explicaría el porqué del silencio de Orión para nosotros.

—Entonces... No nos habían abandonado, como creíamos.

La ayudó a bajar, y caminaron sobre los cascotes calcinados. De algún lugar surgía algún hierro retorcido en forma de obelisco; por contra, a poca distancia, el suelo constituía una superficie pétrea, lisa, como formando parte de la normal orografía del habitáculo. Luego, una montaña de escombros, convertidos más o menos en cosa natural que siempre hubiese estado allí, y dispuesto de la forma en que se hallaba en aquellos momentos.

El detector no indicaba peligro alguno.

—No hay señales de vida, Kapra... Esto hace mucho tiempo que ha sucedido. ¿No te das cuenta? Si fuera así, al entrar en contacto con nuestro propio ambiente, envejeceríamos... ¿Notas algo? ¿Notas algo en mí?

Ella le miró largamente.

—No. Estás igual. Supongo que yo también.

Por primera vez, Kapra se soltó el pelo, que llevaba atado, formando con los mismos cabellos una especie de casquillo.

Al mirarla detenidamente, el piloto mostró una profunda sorpresa.

—No... No es posible.

—¿Qué? —inquirió ella.

—Creí... creí que no tenías cabellos.

—¡Oh! Siempre consideré que eran un estorbo y... Pero, ¿qué miras?

—Pues que... que rectifico todas las cosas que había pensado de ti. ¡Kapra! Eres realmente una hembra hermosa.

—¡Oh, Ramsahil! —sonrió ella tristemente, pero halagada en el fondo—. No creo que éste sea, precisamente, el momento...

—Pero eres hermosa... ¿Por qué demonios te empeñabas en ocultar tu belleza?

—Yo no me empeñaba... Lo que ocurre es que no tenía tiempo de hacer como hacían otras...

—No tenías tiempo de vivir...

—Tal vez —musitó ella.

Él se aproximó, sus manos sujetaron los hombros de la fémina, y luego los labios del piloto se aproximaron a los de ella. Y se unieron.

Ella dejó que el piloto completara la suave caricia, a la que se entregó con todo su aliento.

—Te había juzgado mal —musitó al soltarla.

—Pero intentaste salvarme... y lo conseguiste, a pesar de que no me considerabas hermosa —le recordó ella.

—Tenía un presentimiento —sonrió él. Y volvió a besarla.

El tiempo no contaba para los dos, ni siquiera el hallarse ante las ruinas de lo que había sido su mundo, su habitáculo...

Luego, comenzaron a buscar.

A lo lejos, resonaban explosiones, y ráfagas de aire caliente anunciaban lo que era el planeta.

De pronto, ella tuvo un achaque, tropezó y fue a rodar por el suelo. Al ayudarla, ella dio la sensación de que necesitase aire.

—¿Qué ocurre?

—Necesito... Necesito la escafandra...

—Imposible... El aire es normal.

Ella estaba al borde del desmayo. Ramsahil la tomó en brazos y, de repente, notó como si el cuerpo de la fémina duplicara su peso.

—Pero... ¡Qué demonios ocurre!

—¡Ramsahil! ¡Nos hemos alejado demasiado!

—¿Eh?

—Tenemos que regresar al bólido... Lo habíamos olvidado...

Estamos a merced de esas «formas».

—¡Oh, no! Creí que...

—De prisa, Ramsahil. Recuerda al profesor Sabat.

Y Ramsahil empezó a notar un gran peso en las piernas, y también aquella misma falta de aire que ella había aducido.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar en pie. Y el cuerpo de Kapra pesaba cada vez más.

Ramsahil dio un traspié e hincó la rodilla, pero pudo recuperarse.

Sentía como si los pulmones le fueran a estallar.

Ella apenas respiraba. Pero aún pudo murmurar:

—Es lo que... le ocurrió a Sabat...

Ramsahil observó el bólido, a lo lejos... Muy lejos. Era como un punto. O tal vez se lo parecía porque sus ojos también se negaban a ver con claridad, y todo se volvió vidrioso en derredor suyo.

Pero podía andar. Le costaba, pero su fuerza de voluntad, su tremenda resistencia, hacía que pudiese mover las piernas. Ahora una, luego la otra, con dificultad, como si arrastrara un planeta en cada pie.

Volvió a caer, pero se incorporó de nuevo. Y así, una y otra vez.

¿Avanzaba, en realidad? ¿Era todo una ilusión? ¿O acaso uno de esos malos sueños, en que se intenta correr sin conseguirlo?

Pensó que iba a desvanecerse.

—Tengo que llegar —se autosugestionó—. Tengo que llegar.

Pero lejos de aproximarse, el bólido parecía alejarse cada vez más.

CAPÍTULO XI

Cuando se recobró, estaba dentro del bólido.

Nunca supo cómo consiguió llegar. Pero estaba allí, y se estaba reponiendo de la fatiga.

Miró y vio, a su lado, sobre el suelo del bólido, a la profesora Kapra. También ella abría los ojos en aquellos momentos.

—¿Estás bien? —murmuró él, en cuclillas, acariciando el rostro de la fémina.

—¡Oh, sí! Mucho mejor... Hemos podido llegar. Una vez más, debo agradecerte que me hayas salvado... ¿Sabes? Yo también te juzgué mal. Tenías fama de rebelde, de inconformista...

—Bien... Mira el panorama que hay a nuestro alrededor. ¿Qué te parece esto?

Las formas redondeadas sumaban ahora treinta. Eran como perlas que adornasen el techo de la nave. Extrañas perlas transparentes, que se aguantaban sin estar sujetas a nada. No estorbaban en absoluto, pero estaban allí. Siempre dispuestas a multiplicarse.

—Tengo la sensación de que podrían acabar con nosotros, con sólo desearlo —murmuró el piloto—. Empieza a cansarme esta vigilancia...

—Les necesitamos. Estamos bajo su influencia.

—Habrá algún modo de sacudírnoslos. No podemos vivir siempre a su merced... ¿Qué demonios se proponen?

—Creo que has dado con la cuestión —repuso ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que se proponen algo... Yo diría como si... si nos necesitaran.

—¿Y cómo vamos a saberlo? ¡Eh! —se volvió hacia las

«formas», y repitió el grito—. Sí. ¡Vosotros! ¡O vosotras! Indicadnos de alguna manera qué queréis... ¡Vamos! Hablad de una vez...

—No seas tonto —sonrió Kapra.

—Bueno. Si son «seres» tan superiores como tú piensas... tendrán algún poder. ¿Por qué no se hacen comprender?

—Debe haber algún medio... fuera de la voz —y Kapra quedó pensativa.

Fue Ramsahil quien insinuó:

—Bueno... Perdimos bastante tiempo montados sobre el cohete... El bólido se había ido muy lejos... Sin embargo, lo encontramos. ¿Admitirías tú que ellos lo hubiesen guiado hasta encontrarnos de nuevo?

—¡Claro, Ramsahil! Debió habérseme ocurrido antes... ¡Fueron ellos! De un modo u otro, consiguieron que volviésemos a dar con él...

—Hummm —murmuró Ramsahil, mirando a las treinta formas inmóviles, suspensas.

—No hagamos nada... Sea como sea, nos indicarán lo que tenemos que hacer.

—Si tú lo dices... Esperaremos... Bueno. Veré qué hay en el armario de las reservas. Nos conviene tomar alguna vitamina. ¿No te parece, profesora?

—Sí. Las píldoras verdes. Se digieren pronto, y contienen lo más necesario.

—Veamos si las encuentro.

Ramsahil abrió el armario y, entre el equipo normal, encontró las diferentes cajas de tabletas y comprimidos. Eligió las que había pedido su compañera. Al ir a cerrar, observó la jaula acristalada, que contenía un cobaya.

—Mira. Otro huésped... Casi me había olvidado de que en los vuelos tripulados llevábamos siempre esos infelices animales.

—Eso fue idea de Sabat —dijo ella, mientras el piloto extraía la jaula y el cobaya se movía, un tanto inquieto.

—Una buena idea. Porque algunas veces salvó a más de un compañero —y el piloto se refería a aquellos casos en que el cobaya

era utilizado para experimentar en la atmósfera o simplemente comiendo manjares impregnados de sustancias extraídas del satélite de Orión II.

—Este ha tenido suerte. Ha sobrevivido —murmuró ella—. ¿Tiene reserva de alimentos?

—Supongo que sí, aunque… ¡Ahora que lo pienso! Debe hallarse también bajo la influencia de «ésos» —y señaló las formas redondas.

—Es posible —admitió Kapra.

—¿Y crees que también necesitan del cobaya? —sonrió él.

—No sé… Ojalá pudiera contestar a tus preguntas. Contestarme a mí misma. Sabat podría ayudarnos mucho.

—Bueno. Puesto que nada podemos hacer, ¿qué te parece si diésemos una vuelta por ahí? No es que sea muy agradable ver nuestro planeta reducido a la nada, ni creo tampoco que haya quedado ningún superviviente, pero tal vez nos sirva para poder informar, si alguna vez regresamos.

—Bien, como quieras —susurró ella.

Ramsahil ocupó su puesto en el sillón, y se dispuso a reemprender la marcha.

—Han vuelto a aumentar —murmuró Kapra, mirando hacia las formas redondas.

Ramsahil se volvió, y calculó que por lo menos eran cuarenta o más.

—Como vayan aumentando, nos faltará sitio para todos— bromeó—. Si al menos dijeran algo…

Accionó la palanca para el despegue vertical, y la pequeña nave se elevó.

Luego pilotó como si se tratara de un antiguo aeroplano, aunque carecía totalmente de alas.

Volaban a escasa altura y poca velocidad.

—Mira, la temperatura sube —indicó ella, mirando el oscilador.

—Nos acercamos a la zona candente. Lo que me extraña es que el planeta no se haya pulverizado.

Durante algún tiempo, sólo pudieron ver restos y más restos de lo que otrora habían sido ciudades importantes.

Sobrevolaron una montaña completamente quemada. Las cenizas parecían haberse petrificado, y ofrecía el espectáculo de un color inédito.

En el fondo de un valle aparecían restos de lo que había sido un poblado.

—¡Mira! —exclamó ella.

Ramsahil descendió, y dejó que el bólido se posara en lo que debió ser la plaza pública.

Las edificaciones uniformes, acristaladas, según los cánones de la moda de los tiempos, se mantenían en pie en la parte central. Había otras, en cambio, diseminadas por las afueras, que yacían completamente arrasadas.

—Es curioso. Unas han sobrevivido y las otras, no. No estamos lejos. Echaremos una ojeada.

Salieron de la nave. No corrían el riesgo de perder el contacto con las formas redondas, puesto que el primero de los edificios que seguían en pie se hallaba a pocos pasos de distancia.

Juntos, avanzaron hacia la entrada. Tenía la puerta igualmente acristalada, cerrada.

Ramsahil miró a través del cristal, pero no vio nada en el interior.

Tomó el pulsador para correr la puerta. Entonces se produjo un extraño ruido, y la casa se vino abajo.

—¡Cuidado!

Apartó a la profesora, y ambos se echaron al suelo a la vez.

La casa se desmoronó por completo. No quedó ni una piedra, ni un elemento. Todo se convirtió en polvo. Apenas si quedó un montón, que la brisa esparció rápidamente, impregnando las ropas de la pareja.

—Están… volatilizadas.

Cayó la que estaba más próxima, y luego otra, como si un temblor interno las hubiese sacudido, con la caída de la primera.

Sólo quedaron unas pocas en pie.

El espectáculo era casi increíble.

—¡Vámonos, Kapra...! ¡Vámonos de aquí! —gritó él, tomándola del brazo para regresar a la nave.

Apenas cruzaron la entrada, Kapra fijó sus ojos en la jaula del cobaya.

—¡Mira, Ramsahil!

—¿Eh?—El piloto observó lo que ella trataba de indicarle. Que el cobaya había muerto.

—Pero... ¿Por qué ahora? —comentó Ramsahil.

Tras un momento de silencio, Kapra volvió sus ojos hacia las «cosas» redondas que, en número de cuarenta y pico, seguían silenciosas, pendientes entre el techo y el suelo.

—Ramsahil —dijo lentamente—. Tal vez es la prueba que esperábamos.

—¿Una prueba?

—Han querido demostramos que pueden destruirnos, si quieren... Lo han hecho con el cobaya, y pueden hacerlo con nosotros... Pero les interesa conservarnos vivos. Esta es la razón de que no atenten contra nosotros... Ahora sí, Ramsahil. Ahora estoy completamente segura.

Y Ramsahil lanzó una mirada furiosa a las «formas». No pudo reprimir su genio vivo:

—¡Malditos sean! ¡Entonces, que digan de una vez qué demonios quieren! ¡Vamos, hablad!

Pero chillarles era perder el tiempo. Y el piloto extrajo su pistola de rayos, y apuntó a las pequeñas bolas.

—¡No! No conseguirías nada —exclamó ella.

La jaula del cobaya estaba allí, sobre el pupitre. La tomó, en un arrebato, y la arrojó hacia el techo, donde se alineaban las formas.

No se vio bien si la jaula llegó a chocar contra las bolas; sin embargo, estalló.

Fue una explosión sorda, fulminante. De la jaula no quedó absolutamente nada.

CAPÍTULO XII

Si alguna duda existía sobre el poder de aquellas formas, había quedado disipada con la explosión y subsiguiente desaparición de la jaula.

Ahora Ramsahil tripulaba sin rumbo, esperando una indicación… algo que le permitiera seguir lo que las «formas» desearan.

Las miraba de tanto en tanto. Contó que por lo menos su número había llegado ya al medio centenar… Quizá sesenta.

En la silla trasera, Kapra había estado tomando algunas notas. Luego, cerró su libro de apuntes y murmuró:

—¿Qué rumbo seguimos?

—Qué más da. Esto es simplemente una espera.

—Sí. No es agradable andar a ciegas.

—Nos acercaremos al satélite para informar al doctor Steimer. Seguramente, estará deseoso de recibir noticias.

—Es una buena idea, pero no pases de la línea de contaminación. Tengo anotado aquí el punto exacto.

—Sí, lo recuerdo.

Ramsahil aumentó la marcha, pero algo falló.

—Ya empezamos. Este bólido debe necesitar un buen repaso.

—¿Qué le ocurre?

—La palanca de aceleración no marcha como es debido. Se encasquilla.

Kapra miró hacia las «formas».

—Ramsahil… Deja que siga como hasta ahora. No pretendas dominarla.

—Quiero saber dónde vamos. Si pierdo el control...

—Es posible que no seas tú quien lleva el control, Ramsahil.

—¿Te refieres a...?

—Sí, Ramsahil. Seguro que pueden dominar la nave.

—Bien... Entonces, no tengo más que poner el automático, y seguir por la pantalla el ritmo del vuelo.

—Sí. Hazlo.

Ramsahil dejó puesto el control automático, y colocó la silla en posición inclinada para relajarse.

—¡Amigos! ¡Vosotros conducís! ¡Buen viaje! —exclamó, bromeando.

Ella seguía atenta a la pantalla para ver el rumbo que tomaba el bólido.

En apariencia, seguían por la misma línea de coordenadas, pero luego notó algo, y lo comunicó a Ramsahil.

—Nos hemos desviado algunos grados. Haz la comprobación.

Poco después, Ramsahil daba la razón a la profesora:

—Es verdad. Entonces... sí, no existe ningún fallo técnico... Son «ellos» quienes conducen la nave... Si me lo cuentan, no me lo creo... ¡Se han pasado la vida dibujando a los posibles seres de otros planetas como gigantes o monstruos... escarabajos o alimañas... Incluso, monos de las razas más primitivas de las civilizaciones conocidas... La idea siempre respondía a la de algo más o menos lógico, con una boca, unos ojos, con un montón de brazos o de patas... Todo era admisible menos... un simple objeto... Una bola de un tamaño casi microscópico... ¿Qué clase de vida puede tener esto?

—Nosotros llamamos vida a lo conocido, una vida que hasta ahora habíamos considerado normal... Comer, beber, reproducir la raza... todo se ha hecho bajo las normas que nos eran conocidas... Pero Sabat había descubierto que, por ejemplo, las partículas de algunas mezclas tratadas con el láser obtienen vida propia. No la vida conocida. No lo que nosotros llamamos vida vegetativa; es otra clase de «cosa».

—¿Vida cerebral acaso?

—Tal vez tampoco sea ésta la palabra adecuada. Habría que observar uno de esos pequeños objetos a través de un microscopio. Aumentarlo a tope y estudiarlo... Seguramente, no hallaríamos ningún cerebro, ningún corazón, ni estómago, ni nada conocido...

—¿Células, acaso?

—Sí, pero de otra clase. Células que se alimentan a base de una corriente desconocida, poderosa... Quizá sea la corriente absoluta. La electricidad llevada a la perfección. Algo que jamás se ha llegado a descubrir... porque en realidad, ¿qué es la electricidad?

—¿Quieres que te conteste lo que dicen los libros?

—Los libros sólo dicen lo que las personas han escrito en ellos, según sus conocimientos. Pero nadie ha podido dar con el origen exacto de la electricidad total, porque nadie la ha inventado... Existía y alguien «la encontró», y halló sus aplicaciones, que en las distintas generaciones se han ido perfeccionando, pero sin llegar hasta el fondo...

Tras una pausa, la profesora añadió:

—Ya has visto lo sucedido con la jaula del cobaya.

—Sí.

—Sin rozar siquiera esas «formas», se ha desintegrado... ¡Ha desaparecido! Ese poder indica ya una forma de vida. Aunque no sea *vida*, tal vez, la palabra más adecuada para designarla.

El piloto examinó nuevamente el ritmo de vuelo y la ruta.

—Seguimos desviándonos. Bien. Supongo que a alguna parte llegaremos.

* * *

Habían perdido la noción del tiempo. Ningún fenómeno atmosférico cambió durante el vuelo.

Siempre la misma tonalidad en la luz exterior. Lejos, muy lejos ya de Orion II y en una zona del cosmos totalmente desconocida, aunque aparentemente no se diferenciara mucho de las otras.

Sólo un experto en vuelos espaciales, podía saber que se hallaban en una zona «diferente», y Ramsahil era realmente un experto. Por esto comentó:

—Es como… si nos guiaran hacia otra galaxia.

Ella asintió. También lo comprendía así.

Fue poco después cuando los detectores indicaron la proximidad de un cuerpo.

Ramsahil oteó a través del visor, mientras Kapra lo hacía con el periscopio.

Al principio, no veían nada, pero después apareció la escena a lo lejos.

—¡Una lluvia de rayos! Como si nos aproximáramos a una zona tormentosa —dijo Ramsahil.

—No son rayos normales… Juraría que…

—Tienes razón… Es una guerra. ¡Mira ahí! —y ahora Ramsahil observaba a través del periscopio, que había graduado al máximo de aumentos.

—¡Cielos! Es una guerra de verdad…

Extraños aparatos en forma de tetraedros lanzaban aquellos rayos, por cada uno de sus tres vértices.

El blanco de sus disparos era la superficie de un planeta que, ante la luz cegadora, apenas parecía visible.

—¡Nuestra nave va hacia allí! —exclamó Ramsahil—. ¡Para eso nos querían!

Miró a las «formas», que seguían allí, inmóviles, multiplicadas en número ya superior al centenar.

La guerra a base de un continuo bombardeo de rayos, por aquellos artefactos que cubrían una ancha zona en el espacio, seguía sin cuartel, como si unos seres enloquecidos se hubiesen propuesto destruir por completo el planeta.

—Me pregunto qué podemos hacer, aquí, nosotros —comentó Ramsahil.

No había respuesta para aquello, y la nave seguía avanzando

de lleno hasta el lugar del bombardeo.

Al aproximarse al punto máximo, cuando ya no era posible seguir más sin ser arrollado por los rayos, el transmisor emitió una señal.

—¿Qué es esto?

La nave quedó paralizada, y Kapra tradujo el mensaje:

—Tratan de comunicarse por el código de las señales cósmicas.

—No capto la frecuencia de onda.

—No importa. Utilizan el nuevo sistema. Creo que podré traducirlo —repuso ella.

Hizo unas señales para que los que transmitían comprendiesen que estaban dispuestos a recibir el mensaje.

En la pantalla comenzaron a aparecer unos extraños signos, correspondientes a un código desconocido por Ramsahil.

—¿Qué lenguaje es éste?

—Calla... Sí... Ya lo tengo —y Kapra tomó unas notas, consultando seguidamente uno de los libros que había traído consigo.

Tradujo inmediatamente.

El mensaje dice textualmente:

«Los extranjeros no deben mezclarse en esto, si no quieren ser arrollados. Regresen a su punto de procedencia. No permitiremos interferencias extrañas.»

—Bien, contéstales que nuestra nave está bajo control —repuso el piloto.

La profesora obedeció, y transmitió la respuesta. Tras una corta espera, llegó la réplica.

—Preguntan qué clase de control.

—Sin especificar... A menos que se te ocurra una idea para describir a esas «formas».

Ella se dispuso a transmitir:

—Dominados por agentes reproductores, desconocidos para

nuestras inteligencias...

La respuesta llegó instantánea:

—Identifíquense. ¿A qué Galaxia pertenecen? ¿Cuál es su habitáculo?

Y ella contestó:

—No tenemos habitáculo. Nuestro planeta ha sido destruido. Procedemos de Orión II.

El piloto y la profesora esperaron respuesta, que no llegó.

—Es extraño —musitó ella.

A través del visor, Ramsahil comprobó algo más extraordinario todavía:

—Mira... Han dejado de bombardear el planeta.

Las naves en forma de tetraedros evolucionaron por el espacio, y desaparecieron rápidamente.

Pronto se perdieron en el infinito.

Cientos de naves, acaso miles, daban por terminada una guerra. Y la pequeña nave de Orión II continuó su marcha rumbo al pequeño planetoide, a cuya zona de atracción no tardaron en llegar.

CAPÍTULO XIII

Ignoraban qué clase de habitáculo era aquél y dónde se encontraba exactamente.

Que era pequeño, ya lo habían comprobado desde el bólido espacial, pero en la superficie bastaba con observar la proximidad del horizonte para comprender la insignificancia del planetoide.

El oxígeno era normal. Se podía respirar bien, y la temperatura ambiente era agradable.

Una luz amarilla de color vivo, procedente del astro en torno al cual debía gravitar el habitáculo, daba una luz diáfana, que permitía distinguir los colores en toda su nitidez, aunque con tonos distintos a los que los dos extranjeros estaban acostumbrados.

El suelo era arcilloso, y en él no se apreciaban huellas de ninguna clase, como si jamás hubiese sido pisado por nadie... o acaso los habitantes de aquel lugar carecían de pies, o de la clase de pies corrientes para la gente de Orión.

Tras un corto deambular sin observar ningún edificio, ni nada que se le pareciese, llegaron a una depresión.

Allí, en medio de un enorme cráter natural, se levantaba un único edificio, grande, y parecía construido con aquella especie de arcilla del suelo. Era del mismo color, lo cual hacía que, a distancia, fuese imposible distinguirlo del suelo.

—Es una casa perfecta para camuflarse —comentó Ramsahil—. Será interesante saber quién la habita.

Ella se volvió un momento y, sin mostrar ninguna sorpresa, dijo:

—Vuélvete... Tenemos compañía.

Las bolas transparentes, en cantidad no inferior a doscientas, pululaban por los aires.

No lejos, otra banda de los mismos objetos parecía ir a la

deriva…

Donde quiera que miraran, encontraban más y más «formas» parecidas.

—No hay duda de que ésta es su «morada» —comentó Ramsahil—. Pero no creo que hayan construido una casa para habitarla.

Bajaban ya por la depresión, y no tardaron en encontrarse ante un muro largo, sin ninguna abertura .

—¿Por dónde se entra aquí? —preguntó Ramsahil.

Por toda respuesta, escuchó un zumbido, y trató de orientarse para captar su procedencia.

—Parece que tratan de indicamos el camino —murmuró ella.

Ramsahil la tomó del brazo, y siguió la onda del zumbido.

Anduvieron bastante, y cada vez el zumbido aumentaba de intensidad, lo cual parecía indicar que seguían por el buen camino.

De pronto, Ramsahil se detuvo.

—Es por aquí… Debe existir alguna entrada secreta, o algo así.

No tardó en descubrir el agujero en el suelo. Era de tipo cuadrado, con espacio suficiente para poder descender por una escalera normal. El agujero, normalmente, debía estar tapado con una tapa de igual color arcilloso. Ramsahil la tocó y murmuró:

—No es arcilla. Se trata de alguna aleación. Muy fuerte.

Ella asintió, y siguió al piloto por la escalera. Era bastante larga y, cuando terminaron de descender, se hallaron en un lugar oscuro, profundo. Habituaron los ojos al ambiente, y así Ramsahil pudo descubrir un pequeño claro. Siguió a través de un corredor y, a medida que avanzaban, una luz crepuscular les ayudaba a ver el camino.

Al término del largo corredor sin puertas, llegaron a una sala de grandes proporciones. Con un corredor que la cruzaba. Podían tomar cualquiera de las dos direcciones.

Mientras Ramsahil pensaba en el camino más conveniente, sonó de nuevo el zumbido procedente del lugar izquierdo.

—Bien. El sistema de señales da buen resultado. Quieren que vayamos por aquí.

Tras otra larga caminata, llegaron hasta una segunda sala, con una escalera que subía hacia arriba.

—No parecen muy adelantados. Yo más bien diría que se trata de un sistema de vida primitivo... —dijo Ramsahil.

Subieron. La escalera parecía no acabar nunca. Al fin, un zumbido les indicó que habían llegado a la planta adecuada.

Poco después, se encontraron ante una habitación primitiva. Había una mesa, dos sillas y, al fondo, un catre.

Entonces apareció el hombre.

Surgió de la única puerta. Se plantó en el umbral, y sonrió ampliamente.

Era un ser de fisonomía parecida a Ramsahil, pero con más edad. Avanzó, sin dejar su sonrisa afable, y habló:

—Bienvenidos a mi humilde morada.

—¿Quién es usted? —preguntó, sorprendido, el piloto.

Hablaba como ellos, aunque con cierto acento, como si tradujera mentalmente, antes de pronunciar las palabras.

—Soy el profesor Korda... Bueno, en realidad, soy el único habitante de este lugar...

—¿Usted nos trajo hasta aquí? —preguntó Kapra.

—No, no. Yo no les traje, puedo asegurárselo, pero supe que venían...

—¿Lo supo? —preguntó Ramsahil.

—Sí... El habitáculo necesita autodefenderse. Los «agentes» saben dónde ir, en busca de sus defensas... antes de que los extranjeros intenten destruir el planeta...

—¿Los «agentes»? ¿Se refiere usted a esas pequeñas formas redondas, que se automultiplican? —preguntó nuevamente Ramsahil.

—Exactamente... Descubrieron una de sus naves teledirigidas, y se introdujeron en ella... ¿No fue así?

—Y usted ...¿Cómo lo sabe? ¿Puede comunicarse, acaso, con esos «agentes»? —preguntó Kapra.

—Oh, no... Mi ciencia no ha llegado a tanto...

Kapra y Ramsahil cambiaron una mirada como si no comprendiesen absolutamente nada, y así era.

Korda les interpretó perfectamente, y, ampliando su sonrisa, comentó:

—Les entiendo. Para ustedes, todo esto es sumamente extraño... Se preguntan qué hace un ser solitario en un edificio enorme y a su vez extraño también... Cuando llegué aquí, también todo me parecía muy raro, pero me acostumbré... Tengo un pequeño laboratorio, y puedo trabajar con cierta calma.

—Cuando llegamos, profesor Korda... —adujo ella— había una guerra cruenta. Unas naves extrañas estaban atacando el planeta.

—Últimamente, vienen bastante a menudo. Pretenden destruir a los «agentes» porque creen que son nocivos o que puedan serlo, cuando se propaguen e invadan todo el cosmos y, en consecuencia, todos los lugares habitados, diseminados por el espacio.

—¿Y por qué se han ido, cuando nos hemos identificado? —preguntó Ramsahil.

—¿No lo adivina?

—Pues no...

—Porque les temen. Ustedes proceden de Orión II. Lo sé porque he captado el mensaje que les han enviado...

—¿Cómo es posible? Nosotros... con una sola nave y unas pistolas de rayos que no pueden contra los que usted llama «agentes»... ¿Cómo pueden tememos?

—Por la sencilla razón, amigo mío, de que la eficacia de las armas depende de contra quién se emplean... Las suyas son inofensivas para esos «agentes»; sin embargo, son altamente letales para esos extranjeros que atacan el planeta.

»Bien —siguió Korda—. Por lo menos, tendrán plena noción de que, en todo el sistema cósmico, los habitantes de Orión II son tenidos por los más poderosos.

—¡Asombroso! —adujo ella—. Es lo último que podía imaginar… ¿Poderosos, nosotros? Nuestro planeta está destruido y…

Korda atajó:

—También he oído cómo lo decían, pero no les han creído. Seguramente, pensaron que se trataba de una añagaza…

—Pues es verdad —asintió Ramsahil—. Acabamos de comprobarlo… Todos los habitantes de Orión II que han sobrevivido son unos… ochenta, aprisionados en un satélite, con escasas esperanzas de sobrevivir… La profesora Kapra y yo formábamos parte del equipo destinado para investigar, hasta que perdimos todo contacto con el planeta…

—Y ahora —adujo ella—, hemos quedado aislados de ellos, y a merced de esos agentes… Vivimos bajo su control. Si nos alejamos de ellos, nos falta el oxígeno, perdemos las fuerzas… y podemos dejar de existir. Eso le ocurrió al profesor Sabat, que fue mi maestro.

—Bueno, esto tiene solución; pueden ir en busca de los suyos. Este es un buen sitio para comenzar de nuevo.

—No sería mala idea, pero… —empezó Ramsahil, vacilante—. ¿Cómo vamos a defendernos, si vuelven esas naves?

—Ahora ya saben que está aquí. No volverán —aseguró Korda.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque les temen. Ya se lo he dicho.

—¿Y si descubren que nuestras armas no son tan peligrosas como ellos creen?

—Bueno. Hay un medio para que se convenzan ustedes de que sus armas no son tan débiles… Vengan… Vengan conmigo. ¿Tiene usted su pistola?

Ramsahil asintió.

—Pues síganme —pidió el profesor Korda.

CAPÍTULO XIV

Salieron al exterior por otro conducto, y Korda les mostró la nave.

—Es como las que hemos visto —dijo Kapra.

—Exactamente —asintió Korda—. Tuvo un fallo, y perdió el control. Fue a parar aquí. He estado estudiando su mecanismo. Utilizan una técnica muy avanzada. Me hubiera gustado poder hablar con el piloto, pero debió asustarse y trató de salvarse saltando al vacío para ir a refugiarse a la nave de otro compañero, pero tuvo mala fortuna y cayó... Estaba dentro del campo gravitatorio, y se estrelló contra el suelo.

—¿Qué clase de persona era?

—Pues... más o menos como nosotros. Tenía el pelo negro y muy largo, llevaba pelo en el rostro.

—¿Pelo?—preguntó ella.

—Sí. Pelo aquí —y señaló la barba y el bigote—. Su traje espacial era ligeramente distinto al de ustedes. Usaba una sola pieza de tipo impermeable, hecho de una fibra metálica. Llevaba algunas cosas en sus bolsillos. Luego, se las mostraré.

Con un ademán, indicó el aparato.

—Obsérvenlo, y luego utilice su pistola de rayos contra él. Así sabrá el poder de sus armas.

Ramsahil examinó el fuselaje.

—El material es distinto. Más pesado que el nuestro.

Luego, miró hacia el interior. Poseía una silla giratoria, que podía orientarse hacia cualquiera de las cuatro caras del tetraedro. Y en cada cara existían visores especiales y ametralladoras de rayos.

Los mandos se hallaban en los brazos de la silla giratoria. Todo era simple, sin complicaciones.

Cerca de cada uno de los vértices destacaba una pantalla y un altavoz, juntamente con un micrófono.

No había nada más, a excepción de un estante bolsa, bajo el asiento, para guardar lo más imprescindible.

—¿Qué le parece?

—Desde allá arriba, me pareció un artefacto muy peligroso —dijo el piloto.

—Y lo es... Al menos, para los «agentes». Ellos temen que, a la larga, los rayos de esos artefactos puedan hacer su atmósfera irrespirable y, por tanto, les aniquilen. Con ustedes aquí, este temor desaparecerá.

—¿Insinúa, profesor Korda, que esas «formas» tienen cerebro? —preguntó Ramsahil.

—No, no... Todo esto es más sencillo de lo que ustedes piensan... El cosmos está lleno de agentes casi invisibles, partículas, moléculas, células... Millones de «agentes» pululan por el espacio. Unos son nocivos para ciertos habitáculos y otros, en cambio, son benefactores. A ustedes, por ejemplo, ya se les ha demostrado que «estos» agentes no pueden causarles ningún daño, conviviendo con ellos. Les proporcionan oxígeno, y sólo cuando se apartan hasta donde su influencia no puede llegar, puede sobrevenir la muerte.

—Pero antes de estar en contacto con ellos, podíamos vivir en nuestro ambiente, sin su ayuda.

—Con el oxígeno.

—No, profesor—terció ella—. En Orion, cuando estuvimos, yo perdí el sentido.

—Si Orion ha sido destruido, es posible que no quede tampoco ni rastro de su antigua atmósfera o forma de oxígeno. Si ustedes no han notado la diferencia, ha sido gracias a los «agentes»... Y si ese planeta subsiste es también gracias a ellos. Llámenla una forma de anhídrido o hidrógeno. Forma, desde luego, diferente de la conocida por ustedes... Millones de «agentes» la propagan, y hacen posible que podamos respirar. Ustedes, probablemente, no podían ver los de su planeta porque eran distintos. Y, en cambio, ven éstos... Naturalmente, tienen que estar bajo la influencia de alguna clase de «agente» para poder sobrevivir...

Y tras otra pausa, continuó:

—Los «agentes» son testigos del cosmos... No hablan, no piensan, pero saben autodefenderse como todo lo que tiene vida propia... Las plantas, por ejemplo. No piensan, pero tienen sus métodos de defensa, porque tienen vida...

—El profesor Sabat —adujo Kapra— había tratado de encontrar esos «agentes»... Creía que podían ser nocivos.

—Los que existen de Tiberty lo son para algunos.

—¿Tiberty? —preguntó el piloto.

—¡Oh, sí! Me olvidé de decirles el nombre del planeta en que se hallan. Se llama Tiberty. En fin, amigo mío. ¿Se decide a probar su pistola contra la nave? Ya he estudiado bastante con ella. Si la deteriora, no importa.

—Sí, haré la prueba —repuso Ramsahil.

Se apartó, sacó la pistola de rayos, y disparó contra el fuselaje de la nave en forma de tetraedro.

Un rayo bastó para que el material se derritiese en poco tiempo.

—¿Se da cuenta del poder que posee su pistola? —sonrió Korda.

—¡Asombroso! Sin embargo... Yo puedo resistir esos rayos... Lo he comprobado. Y antes, no podía hacerlo...

—Del mismo modo que existen mutaciones visibles, existen otras invisibles. Su naturaleza ha cambiado, al pasar a depender de otros «agentes». «Ellos» lo saben... y saben que, estando ustedes aquí, los extranjeros ya no volverán a atacar nunca más. Quizá lo intenten alguna vez, pero cuando unos cuantos rayos les destruyan sus naves, ya no volverán...

—¡Profesor! —adujo su colega femenino—. ¿Y a usted no pueden perjudicarle los rayos procedentes de estas naves?

—En absoluto. Esta arcilla es muy resistente... Claro que, con su pistola, conseguiría perforarla, pero esos otros rayos no tienen nada que hacer contra esta fortaleza... Únicamente perjudican a los «agentes».

—¡Asombroso! Es como si la atmósfera se defendiera— murmuró Ramsahil.

—Y así es… Sólo que ustedes han «visto» la atmósfera. La han visto multiplicarse. Inducir su nave hasta aquí… por medio de sus poderosas corrientes. Pero, bueno, ¿no creen que ya hemos hablado bastante? Es la hora de tomar un buen refrigerio.

—¿Comida? —comentó Kapra—. He perdido la noción del tiempo que no he probado comida auténtica.

—Pues ahora va a probarla. En Tiberty crecen unos vegetales que dudo que existan en ninguna otra parte.

Durante la comida, abundante y apetitosa, aunque desconocida por la pareja Ramsahil-Kapra, el profesor, a instancias de sus invitados, les explicó cómo llegó al planeta.

—Hace muchos… muchos años.

—¿Años?

—Era el modo que teníamos de medir el tiempo, en nuestro sistema planetario. Allí las cosas andaban de mal en peor. Contaminaron la atmósfera, y diariamente las naciones se amenazaban unas a otras. Surgieron pequeñas guerras, pagadas por las grandes potencias para dar salida al material bélico que producían para no dejar cesantes a miles y miles de obreros. Necesitaban vender para no llegar a una crisis. Comerciaban con las vidas de los demás. Por otra parte, de la libertad se pasó al libertinaje, mientras otras naciones vivían sojuzgadas. Se hacían campañas con la palabra, y se destruían con las obras… Bueno, yo tuve el privilegio de ser enviado a investigar el espacio, en los primeros tiempos. ¡Qué poco sabíamos entonces y cuán sabios nos creíamos… ! Tuve suerte. Se produjo un fallo. Creí que era el fin, pero no fue así. Llegué hasta aquí…

Hizo un ademán, indicando las paredes, el techo y cuanto le rodeaba.

—Me encontré con esto. Restos de una civilización pasada. No había nada, absolutamente nada. Pensé que mi vida no podía ser larga… pero, lejos de la influencia de mi habitáculo de origen, el tiempo carece de valor. No pasa…

—Entonces… ¿cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó ella.

—Contando con mis cálculos… Debo llevar… unos quinientos años.

—¿Y su planeta?

—¿Mi planeta?

—Sí. ¿Cuál es su nombre?

—Quizá no lo hayan oído nombrar nunca. Yo procedo del planeta Tierra —repuso el profesor Korda.

CAPÍTULO XV

El profesor les explicó que el «Sol» no se ocultaba nunca por completo, aunque no pudiera verse tampoco.

La luz oscilaba, y lo que era crepúsculo tomaba un tono menos intenso, pero igualmente nítido, claro.

Tras lo que podía considerarse como una cena, pasearon por los alrededores del cráter.

Ya en la meseta, Korda les mostró las plantaciones naturales.

—No hay que sembrar nada; el suelo es generoso, crece... Todo crece...

—Todo esto es muy bonito —musitó ella.

Ramsahil observaba las formas redondas, los «agentes»... o los «testigos» de la atmósfera.

De pronto, la paz quedó rota por el ulular de una sirena.

—¡Nos atacan! Les dije que volverían, pero no creí que fuese tan pronto —repuso el profesor—. Vamos dentro.

Se apresuraron a meterse en la fortaleza, mientras la sirena seguía ululando.

—¿Cómo consiguió ese aparato? —preguntó, después, Ramsahil.

—No es ningún aparato. Son los «testigos»... Los «agentes».

Y explicó, a continuación, que se trataba de un fenómeno natural, producido por las ondas del viento. No había, pues, nada de sobrenatural, ni siquiera podía hablarse de autodefensa probada. Las ondas de las naves espaciales producían la señal, que los «agentes» transmitían, por reflexión, como el eco.

—Tendrá que hacerles una demostración. Ataque las naves para demostrar su poder... Ya no volverán.

—Bien, si no hay más remedio...

—Hay una torreta en la parte alta. Venga conmigo.

El profesor condujo a Ramsahil hasta lo más alto del edificio.

—¿De dónde proceden estas naves? —preguntó Ramsahil, mientras aguardaba.

—De Odilia. Está a un año luz... Pero son naves muy rápidas. Su único defecto, que en este planeta debemos agradecer, es la escasa potencia de su armamento... ¡Mire! Ya asoman.

El bombardeo de rayos comenzó casi al instante.

Las naves pasaban, raudas, cambiando de posición, no dando nunca la misma cara.

—Si destruyeran la atmósfera, perderíamos un magnífico habitáculo. ¿No le parece? Y eso sí que hay que conservarlo, a toda costa.

Ramsahil apuntó cuidadosamente, y disparó contra el bólido más próximo.

La potencia del rayo y su capacidad para recorrer grandes distancias sin perder eficacia, se puso rápidamente de manifiesto.

El bólido se quemó en el aire.

Hizo fuego, apuntando a un segundo tetraedro, que corrió igual suerte.

Luego, un tercero fue a hacer compañía a los que le habían precedido.

Durante unos momentos, las pérdidas parecieron encorajinar a los atacantes.

—Son absurdos —espetó Ramsahil—. Saben perfectamente que nada pueden contra esos rayos... ¿Por qué no se retiran? Habría que advertirles... Kapra puede hacerlo.

Aún volvió a disparar ante la proximidad de las naves. Dos nuevas bajas fueron suficientes para que los «extranjeros» comprendieran que estaban en inferioridad.

Mientras, Kapra transmitió el mensaje:

—Les hablan los seres de Orión. Dejen en paz el habitáculo, o les aniquilaremos…

La respuesta fue:

—Los «agentes» de Tiberty contaminan nuestra atmósfera. Es justo que les ataquemos.

Ramsahil comentó:

—Tienen un motivo, al menos.

—No es cierto —repuso Korda—. He estudiado el problema, e incluso transmití un mensaje a los jefes de Odilia. No son los «agentes» quienes contaminan su atmósfera. Se la contaminan ellos, con sus paseos espaciales. Los «agentes» de Tiberty no «viajan» a Odilia… Dígales que se queden en sus dominios, y no tendrán problemas.

Kapra así lo transmitió.

La respuesta fue rencorosa:

—Está bien. Ustedes tienen la fuerza. Nos retiramos.

Korda sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Cuándo comprenderán que cada planeta ya tiene bastante con velar por su existencia, y cuidarse de sí mismo? No se entienden a sí mismos, y tratan de buscar nuevos habitáculos. Creo que en todas partes es igual… Por eso jamás quise volver a la Tierra, ni he vuelto a saber nada de ella.

Ramsahil y Kapra decidieron quedarse allí.

—Yo iré en busca de los compañeros —dijo el piloto—. Tú puedes quedarte con el profesor Korda. Seguro que, entre científicos, os divertiréis intercambiando conocimientos.

Ella sonrió y, por toda respuesta, pidió:

—No tardes demasiado, Ramsahil.

Poco después, el piloto montaba ya a la nave. Tomó una escafandra, «por si acaso», pero en seguida comprendió que no iba a necesitarla, porque uno de aquellos «agentes», de forma redonda, se había introducido en la nave.

Sonrió. Sonrió como si se alegrara de reconocer a un viejo amigo, porque desde entonces… necesitaría siempre la compañía de

una de aquellas «formas» para sobrevivir.

Sí. Con una bastaba porque estaba convencido de que, al regresar, ya serían muchísimas más.

Puso rumbo al satélite de Orion II, con la alegría de poder salvar a los suyos.

Sin embargo...

CAPITÚLO XVI

Antes de entrar en la órbita del satélite, Ramsahil observó la escena.

Eran cuatro naves, de forma distinta a las de Orión. Tipo extraplano, de unas cuatro plazas, y atacaban la bóveda del satélite.

Desde una mayor altura, el piloto pudo ver los destrozos causados por las poderosas armas de aquel enemigo.

Desde el satélite, el reducto se defendía, utilizando las metralletas de rayos, pero sus impactos no eran lo suficientemente contundentes para causar daño a quienes atacaban.

Ramsahil pensó en lo que le había dicho Korda... No todas las armas tienen idéntica eficacia, cuando atacan cosas distintas. Mientras que para los seres y aparatos de Odilia, un rayo de su pistola bastaba para destruir una nave, el poderoso chorro de las metralletas era prácticamente inocuo para aquellos otros seres.

Ramsahil lanzó un mensaje, en el viejo lenguaje cósmico:

—¡Aquí piloto Ramsahil, de Orión II! En vuelo hacia el satélite... ¿Por qué atacan? ¿Por qué atacan?

La respuesta no se hizo esperar.

—Necesitamos espacio vital para nuestras investigaciones. Hemos constituido la ciudad más poderosa del espacio, y sus «agentes» atmosféricos han destruido las instalaciones de dos de nuestras bases interplanetarias.

Recordando las palabras de Korda, Ramsahil respondió:

—¿Por qué no se preocupan de su planeta? No salgan de su espacio, y no serán contaminados.

—Esto no es asunto suyo —transmitieron los otros—. Combatimos los «agentes» nocivos.

—Abajo hay personas... Seres que viven. Y ustedes están atacando.

Tras una pausa, el mensaje vino en los siguientes términos:

—Les damos un tiempo para que abandonen esto. No queremos causar víctimas, pero el satélite será destruido.

—Pueden hacer lo que quieran con él —repuso el piloto, transmitiendo—. Nos iremos tan pronto estén todos dispuestos. Se lo regalamos Aquí no se puede vivir.

—Tienen dos horas de tiempo.

—¿Ha dicho dos horas? ¡Oigan! ¿De dónde proceden ustedes?

La respuesta fue:

—De la Tierra...

* * *

¡La Tierra!

Era la segunda vez, en un corto período, que había escuchado el nombre de aquel planeta desconocido.

¡La Tierra!

Seguramente, el profesor Korda sabría cómo convencer a sus congéneres, pero, en aquellos momentos no tenía tiempo que perder. Transmitió a los suyos, tras observar que el número de «agentes atmosféricos» que llevaba en la nave se había elevado a unos veinte.

Convenció a Bondy para que le permitiera tomar contacto con la base, informándole, al mismo tiempo, de que se había puesto en contacto con los atacantes, que ya habían comenzado a respetar la tregua.

Bondy tuvo que consultar con el doctor Steimer, quien autorizó que la nave se posara en lo que quedaba de Base, porque, en verdad, había recibido ya los impactos de los atacantes.

Un cordón de guardias quedaron frente a Ramsahil cuando descendió.

El supremo Plaxton desconfiaba:

—Vamos... Les demostraré que pueden respirar. Mírenme a mí.

No necesito usar escafandra… Doctor, haga la prueba.

Steimer dudó un instante y, al fin, se decidió a quitarse la escafandra. Aspiró, y su aspecto cambió por completo.

—¡Es cierto! ¡Se puede respirar!

—Acérquense todos lo más posible… Así podrán respirar, sin llevar la mochila o la escafandra. ¡Vamos! Y usted, jefe Bondy, pida que preparen todas las naves. Abandonaremos esto en varios viajes.

—¡Un momento! —exclamó Bondy, dando al traste con la euforia del piloto—. ¿Por qué tenemos que abandonar esto? —inquirió.

—Bueno. Creo que ya les he dicho lo de mi descubrimiento. En Tiberty podemos empezar una nueva vida…

—Tenemos una misión que cumplir, y unas órdenes recibidas —espetó Bondy.

—Escuche, Bondy. Escuchen todos… Orión no existe.

—¿Eh?— la pregunta surgió de todos.

—No les había querido decir nada, de momento… Pero no existe. Kapra y yo estuvimos allí. Una parte del planeta está convertida en auténtico volcán. Lo demás, todo calcinado, sin signo de vida… ¿Qué es lo que quiere investigar aquí, Bondy? ¡Vamos, doctor! Convenza a todos para que no pierdan el tiempo. Se está pasando la tregua que nos han dado los terrícolas… Mientras ustedes preparan las cosas, transmitiré otro mensaje. Diré que no podemos abandonar todos a la vez el satélite. Que nos concedan más plazo. Si ven que nos marchamos, lo harán.

—¿Insinúa que hemos de huir? —terció el supremo Plaxton.

—No es una huida, Plaxton —increpó el piloto—. Se trata de ponernos a salvo, y empezar en un lugar donde existe vida… Empezar de nuevo…

—El satélite es nuestro, y primero tenemos que defendernos…

—¿Es eso lo que opinan todos? —inquirió el piloto, mirando a los reunidos.

Sham se puso al lado de su compañero.

—Opino que Ramsahil tiene razón… Aquí ya no hacemos nada,

si Orión no existe…

—Nadie le ha pedido su opinión, Sham —espetó el supremo.

—¡Ni la suya, Plaxton! —exclamó Ramsahil, impacientándose.

—Ramsahil, hace tiempo que busca usted que le dé una buena lección… Y éste es el momento.

—¿Piensa utilizar la pistola, Plaxton? ¿No sabe que soy inmune? Todos ustedes serán inmunes a nuestros propios rayos… ¡Esta es otra ventaja!… Seremos mutaciones, sin perder nuestro aspecto. Más fuertes. Con una vida por delante sin límites…

—¡Basta! ¡Está dirigiendo a la gente! Usted aquí es uno más, y se quedará para defender el satélite de la invasión de los bárbaros de la Tierra.

Se hizo un silencio. Los guardas, a una orden de Plaxton, se aproximaron a Ramsahil y a Sham.

—¡Cálmense, cálmense! —intervino Steimer—. Quizá ha llegado el momento de estudiar la cuestión. Como médico, no soy partidario de la violencia.

—Le advierto, doctor Steimer —espetó el supremo —que, como jefe de la seguridad, mis compañeros y yo no podemos consentir deserciones… El honor debe ser la primera consigna. Mal concepto tendrían de nosotros, los extranjeros invasores…

—Ya veo que es inútil razonar con personas como usted, Plaxton… Bien. Sólo añadiré una cosa más a lo dicho. Yo me voy. Y cuando mi bólido haya salido de aquí, se quedarán sin ninguno de los «agentes» que he transportado conmigo. Y esto volverá a quedarse sin aire… hasta que se terminen las reservas o destruyan los laboratorios, con la defensa de algo tan absurdo como este satélite, podrán seguir viviendo, si es que a esto llaman vivir.

—¡Prendedle! ¡No se irá! —exclamó el supremo.

Los guardias avanzaron, con la intención de estrechar el círculo, pero Ramsahil, sin contemplaciones, empujó a los dos primeros.

Luego, utilizando la pistola como porra, golpeó a los otros dos. Sham se puso de su parte.

—Sigo estando contigo, amigo.

El supremo sacó el revólver y abrió fuego.

Los rayos no hicieron mella en el piloto ni en su compañero, que también se había quitado la mochila y la escafandra.

Rabioso, Plaxton se dirigió hacia la pequeña nave. Cerró la puerta y la puso en marcha, mientras comenzaba a transmitir:

—¡A todos los terrícolas! ¡El satélite no se rinde! Prepárense a combatir contra Orión. Eso es todo…

Los «agentes», al desaparecer la nave, se habían llevado consigo su poder atmosférico, y los que se habían quitado las escafandras tuvieron que volver a enfundárselas, mientras Plaxton, poseído de un orgullo innato, rayano en la locura, seguía como un loco en pos de las naves de la Tierra.

—¡Por su culpa van a aniquilarnos a todos! —exclamó uno de los pilotos.

Los guardias se dividieron. Por fin habían comprendido la gravedad de la situación.

Los otros dos supremos hablaron entre sí.

—Ahora lo que importa es defendemos —acordaron. Y no podía hacerse otra cosa porque las naves terrícolas volvían al ataque.

CAPÍTULO XVII

Los rayos de las naves terrícolas perforaron por completo la bóveda del satélite.

Uno de los edificios auxiliares ardió con llamas azuladas, destructoras. El material se derretía igual que los rayos de Orión derretían las naves de Odilia.

Las defensas del satélite seguían siendo insuficientes.

Ramsahil, en el despacho de Steimer, acordó:

—Escuche... Intentaré convencer a los terrícolas para que cesen la lucha, pero usted tiene que colaborar, doctor. Las vacilaciones no conducen a nada.

—Traté de que no hubiera desunión. Lo siento... No me gusta tener que dar órdenes tajantes.

—A veces, cuando no se quiere razonar, no hay más remedio que ser tajante, Steimer...

—Está bien. Intente ponerse en contacto con ellos.

En aquel momento, uno de los pilotos entraba para informar:

—Hemos tenido diez bajas, doctor, y hay cuatro heridos.

—Que los lleven a la sala de emergencias.

—Ya no existe, doctor.

—Entonces, súbanlos aquí.

—Es peligroso...

Apenas acababa de decirlo un rayo hizo que parte del edificio comenzara a arder.

Ramsahil tomó uno de los transmisores de la base, tras cruzar a toda velocidad entre el bombardeo de rayos.

—¡Ramsahil a nave terrícola! ¡Ramsahil a nave terrícola! Ha

habido un malentendido. Denos tiempo. No queremos atacar...

—¡Demasiado tarde! —fue la respuesta.

Ramsahil cerró los puños. Maldijo a Plaxton por su cabezonería, pero ya nada se podía hacer.

Subió al puesto más alto que aún quedaba en pie.

Los dos servidores de la metralleta habían muerto, fulminados por los rayos enemigos.

Tomó la metralleta, y accionó la palanca, eligiendo como blanco uno de los bólidos terrícolas.

La nave recibió el fuego, pero continuó avanzando.

—¿De qué material están hechos esos condenados bólidos? —exclamó Ramsahil, sin dejar de disparar.

Por fin, el chorro dio en un punto clave. La nave estalló en el espacio, y algunos de sus tripulantes saltaron, envueltos en llamas.

En el mismo momento, la nave que tripulaba Plaxton era también alcanzada de lleno, convirtiéndose en una bola de fuego.

Aquél fue el fin de Plaxton, el orioniano que, en un exceso de celo, había sido el principal responsable de la catástrofe.

Ramsahil siguió disparando, al tiempo que hacía señas a Sham para que continuara.

—Intentaré convencerles de nuevo. Es necesario evitar la matanza...

Sham ocupó su puesto, y el piloto volvió a la base para transmitir otra vez...

—¡Ramsahil a jefe piloto... ! Todo esto se puede evitar... Tendrán el satélite si nos dejan marchar. Pensábamos abandonarlo...

Otra de las naves terrícolas fue alcanzada. Esta vez por Sham...

—¿No le parece que es demasiado tarde? Hemos perdido dos bólidos...

—Y nosotros una buena parte de la dotación de que constaba la base... No sean tan mezquinos. Dejen de contar las bajas y tratemos de evitar que se produzcan nuevas.

—Está bien. Voy a darles una oportunidad, pero si rompen la tregua les aniquilaremos a todos. La Tierra es un planeta poderoso. Mucho más de lo que ustedes imaginan... Todos terminarán sometiéndose a su poder, y quienes nos combatan serán borrados del Cosmos.

—Está bien... Allá ustedes. Quizá alguna vez se den cuenta de la inutilidad de todo esto. Ya veo que no son mejores de lo que éramos en Orión... Lo que han dejado ustedes es todo lo que queda de nuestro planeta. Ojalá esto les sirviera de ejemplo para cuando tomen decisiones en el futuro, pero temo que, como todos, comprendan la realidad cuando ya sea demasiado tarde...

—Ya está bien de consejos... Aprovechen la tregua.

—Escuchen... Tendremos que evacuar el satélite en dos viajes... Pueden «aterrizar», si lo desean. Nadie les atacará.

El que hablaba desde la nave terrícola pareció pensarlo, pero al fin decidió:

—No. Preferimos patrullar.

* * *

El doctor Steimer y sus dos ayudantes multiplicaron sus esfuerzos para atender a los heridos. El tiempo apremiaba. Aquélla era la última oportunidad que les quedaba.

Bondy vino, con la lista de supervivientes.

—Contando los heridos, somos sesenta y dos. Un buen puñado de bajas inútiles.

—¿De cuántos bólidos disponemos?

—Hay cuatro naves dobles, y dos para transportar seis personas en cada una...

—¿Ya descuenta la de Plaxton?

—Sí. Y otra averiada. No nos daría tiempo de arreglarla.

—En total, sólo se pueden transportar veintidós personas. Habrá que poner treinta y una, como sea, para terminar en dos viajes.

—No será posible…

—Debemos intentarlo, reduciendo el peso posible…

—Necesitamos el equipo.

—Sólo el imprescindible.

—Y las escafandras.

—¡No! —exclamó Ramsahil, mirando hacia un punto determinado—. ¡No las necesitamos… !

Acababa de observar, revoloteando muy cerca, como un centenar de formas redondas…

Se quitó la escafandra.

—¡Dese cuenta, Bondy! Estamos de suerte…

Bondy imitó al piloto, y los demás hicieron lo propio. Todo el mundo pudo respirar aire a pleno pulmón. Aquello fue para todos como una bendición, como la promesa de que realmente el porvenir iba a sonreírles.

Cuando el doctor terminó con el último herido, Bondy ordenó:

—Trasladen a los heridos primero. Sham puede conducir la nave. Contará con Glaxter como ayudante. Usted, Ramsahil tendrá que ir de guía… ¿A qué distancia está esto?

—No es demasiado lejos. Si los «agentes» nos hicieran caso, podríamos acortar la marcha… Pero… ¡vaya usted a saber!

CAPÍTULO XVIII

El primer turno de la expedición estaba ya en marcha.

Viendo a las seis naves surcar el espacio, los pilotos terrícolas comentaron:

—Es cierto. Se van —dijo una voz.

—Han comprendido que somos los más poderosos… —repuso otra.

Y el que había hablado antes adujo:

—Sí. Ya nadie se atreverá a dudar del poder de la Tierra.

Un tercero manifestó, rencoroso:

—Muchos de los nuestros han caído… Debimos haberles aniquilado.

—Calma, muchacho.., Una tregua es una tregua. Ellos también han perdido lo suyo… Pero lo que haremos es bajar ahí abajo y elegir a uno cualquiera para llevárselo como recuerdo al profesor Morgan. Seguramente le gustará conocer la materia de que están construidos esos tipos…

—Se parecen algo a nosotros.

—Ya te lo diré cuando les vea de cerca. ¡Vamos a bajar!

Y entretanto las naves del satélite seguían rumbo al nuevo planeta, animados ante la nueva vida, que les hacía recobrar las esperanzas largo tiempo perdidas…

* * *

Lo que ocurría entretanto en el satélite era algo con lo que los orionianos no contaban.

Una de las naves terrícolas había descendido.

De los cuatro tripulantes tres bajaron provistos con sus correspondientes escafandras y fusiles ligeros de láser.

—Que nadie intente pasarse de listo —dijo el jefe del grupo.

Encañonaron a todos y, con los sentidos en tensión y el dedo en el gatillo parecían esperar el menor movimiento para disparar y fulminarlos.

Steimer se había quedado para la segunda remesa y murmuró:

—Nos prometieron una tregua... Nosotros no hemos vuelto a atacarles...

—Cálmese, amigo... No vamos a hacerles ningún daño. Nosotros tenemos que regresar a nuestro planeta, y sólo queremos llevarnos a uno de ustedes como invitado.

Nadie contestó.

—¿Quiere venir usted? —le preguntaron a Steimer.

—Me encantaría, pero soy médico... El único entre nuestro grupo. Mi gente puede necesitarme.

—Bueno... elegiremos a otro —repuso el terrícola y, mientras parecía escoger, se dio cuenta de algo:

—¡Eh, doctor! Usted parece el más inteligente, ¿eh?

—No menosprecie a los demás. Todos los que estamos aquí pertenecíamos al grupo especializado de Orión. Cada cual, en su especie, estaba muy bien catalogado en nuestro planeta.

El piloto parecía tomarlo a broma. Se creía superior, y siguió masticando algo con indolencia.

—Lo que quería preguntarle, «doc», es cómo es posible que no lleven escafandra... Tenemos anotado que no existe ningún sistema atmosférico en este lugar.

—No existía hasta ahora, señor —repuso Steimer—. Pero los misterios del cosmos siguen siendo inescrutables... Ahora, podemos respirar...

—¿De veras? ¿Qué contiene ese aire?

—No he podido analizarlo todavía... No lo sé. Pero es similar al nuestro.

—Voy a probar... —repuso el terrícola.

Se quitó la escafandra, y aspiró una bocanada de aire...

—Hummm. Le noto como un sabor... extraño...

Intentó respirar de nuevo, pero se llevó la mano al cuello, con síntomas de asfixia.

Otro compañero, que se había quitado la escafandra, corrió para atender al que acababa de caer sin cerrar bien la suya. Apenas dio unos pasos cayó como fulminado.

—¡Aire envenenado! —espetó el otro. Y retrocedió, encañonando indistintamente a todos.

—¡Vámonos!—dijo el piloto que había quedado dentro del bólido.

—Primero llevémonos a Joe y a Terry. Cúbreme. No me fío de éstos...

Y mientras el otro cargaba los cuerpos de los muertos, varios «agentes» se introdujeron en la nave terrícola.

Steimer se ofreció para reconocer a los dos pilotos.

—Quizá se pueda hacer algo.

—No. No permitiré que les toque...—espetó el terrícola amenazador.

Los retiraron, por fin, y la nave se elevó, cuando ya los «agentes» comenzaban a multiplicarse.

Poco después, los dos supervivientes informaban a los pilotos de la nave que había quedado patrullando.

Tampoco sus tripulantes advirtieron cómo se introducía, a través de la aleación metálica, uno de aquellos «agentes»...

* * *

Posiblemente, en los medios de información del planeta Tierra, no tardó en divulgarse la noticia.

«Guerra titánica de nuestros pilotos con nuestros enemigos del espacio».

«Pilotos valerosos luchando contra lo desconocido»

Después hablarían de la contaminación del Cosmos.

—Regresaron dos naves, de las cuatro que salieron en busca del espacio vital para el emplazamiento de nuevos laboratorios en el espacio... Y en las naves que regresaron, sus tripulantes habían fallecido.

Luego, las investigaciones hablarían de los peligros desconocidos... El aire nocivo y de las enfermedades espaciales.

La gente alzaría los hombros, sin conceder mayor importancia a los asuntos de la Galaxia.

—¡Bah! Es cosa de todos los días... Lo que tendrían que hacer es preocuparse más de arreglar las cosas en nuestro planeta... En el espacio sólo podemos hacer el ridículo, si nos comparamos con las potencias extraterrestres.

Y como siempre, se hablaría con total desconocimiento de causa, porque, en el espacio, la Tierra era una potencia de primer orden... en el año 2.547... uno antes de la gran hecatombe que destruyó definitivamente el planeta.

Pero esto no nos importa, porque quienes nos interesan son los amigos de Orión...

Llegaron todos al nuevo habitáculo.

Allí empezaron la nueva vida, pero tropezaron con el primer problema.

—Nosotros no somos como los «agentes» —sonrió Sham—. No nos reproducimos automáticamente... Tenemos que emparejarnos, y la única hembra te la has quedado en propiedad.

Estaban en el hogar de Ramsahil, que ya había decidido quedarse para siempre con la profesora.

Ella se sentía más que feliz. Se sentía hembra por primera vez... Y podía compaginar perfectamente su trabajo con el amor.

Y fue la propia Kapra quien dijo a Sham:

—Tú también serás feliz... Korda asegura que en Loshdell

solamente hay féminas... Es posible que estén deseando encontrar a alguien del sexo opuesto... ¡Ojalá todos tengáis suerte, y ellas quieran venir!

Se había organizado una expedición, con los dos bólidos con capacidad para seis personas, más otros dos dobles.

Y mientras los varones iban en busca de algo que seguía siendo vital para la reproducción de la raza, Ramsahil conversaba con el doctor Korda sobre asuntos terrícolas.

Korda decía, asombrado:

—Nunca hubiera podido pensar que nuestro planeta causara tanto respeto en el Cosmos... No deja de alegrarme, pero me entristece el orgullo innecesario de algunos pilotos. No por ser superior, si es que son realmente superiores, es necesario menospreciar a los demás... Pero algunas regiones de la Tierra siempre han pecado por exceso en este sentido... ¡Qué le vamos a hacer!

Ramsahil dejó la conversación para pasear con su compañera. El nuevo planeta era como un premio a las largas amarguras vividas en aquel satélite inhóspito y sin vida.

Luego, cuando regresaron de nuevo las naves, todos pudieron comprobar que los pilotos se habían visto favorecidos con la suerte porque los vehículos regresaban con las «compañeras» que habían accedido a cambiar de ambiente buscando el complemento de sus vidas.

Y el tiempo allí no contaba, pero tenía siempre por mudos testigos a los «agentes» de la atmósfera. Aquellas formas de vida que ahora, Ramsahil, al mirarlas, comentó:

—Una vez llegué a odiarlas... Y sin embargo, me han dado la felicidad...

Y como corroborando sus propias palabras, abrazó a Kapra y la besó dulcemente...

Y en aquella ocasión el planeta vivió un largo e intenso momento de amor.

Los «agentes», en el espacio, seguían multiplicándose.

FIN

([1]**)** Viernes puede ser un día cualquiera, teniendo en cuenta que Adverger I es un satélite a 47 años luz de Orión II, y no existe cuenta por días o por semanas. Siempre hay luz. Nunca es noche. La palabra viernes forma parte de unos periodos concretos en la división del tiempo por el viejo sistema métrico decimal.

([2]**)** Mochila, igual a botella de material fláccido que cada habitante de Adverger I llevaba adosada a la espalda, y que se aguanta imantada por las hebillas de los tirantes obligatorios en cada persona.

([3]**)** Aproximadamente, una bolita de un centímetro de diámetro.